

COLMILLOS EN LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



COLMILLOS EN LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

504 — *Misión 1/1000* - Clark Carrados

505 — *Robo en el planeta salvaje* - Ralph Barby

506 — *El mayor diamante del universo* - Joseph Berna

507 — *Regresaron al futuro* - A. Thorkent

508 — *Colmillos en la galaxia* - Ralph Barby

RALPH BARBY

COLMILLOS EN LA GALAXIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 508

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 8.498 -1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1980

CAPITULO PRIMERO

—Tu perro no hará nunca lo que hace mi perrazo —dijo burlón, riéndose, Jacobo Donaldson a su amigo Troy Silvers, que tenía un cruce de pastor escocés con lobo siberiano autentico.

—Es que yo, a mi perro, no le enseño monerías —replicó sin molestarse lo más mínimo.

Troy Silvers tenía una gran amistad con Jacobo Donaldson, jefe de la milicia cosmonáutica que protegía las colonias terrícolas en el planeta Cobert 14.

Troy Silvers, que tenía una docena de años menos que su amigo, había abandonado la milicia para saborear la libertad y no tener que mantenerse en una continua y férrea disciplina. Había decidido trabajar por su cuenta y riesgo, Jacobo Donaldson siempre se lo reprochaba, pero en tono amistoso.

—¡Fíjate, fíjate!

Tomó una galleta superespecial para perros y la lanzó al aire. El gran danés de color marrón rojizo que poseía Jacobo Donaldson ni se movió de donde estaba. Sentado sobre sus cuartos traseros, rebasaba ya el metro y medio de altura y su cabeza resultaba fantásticamente grande.

Podía decirse que dentro del género canino, aquel animal era un gigante. Doblaría en peso a «Chipper», el perro propiedad de Troy Silvers; no obstante, no podía decirse que el can de Donaldson tuviera cara de mal genio.

Movió la cabeza, abrió su enorme boca y la galleta desapareció en su interior; no tuvo ni que mascar, pasó directamente al estómago. Era como una especie de monstruo «tragalotodo» y volvió a quedar quieto como si fuera una estatua. Visto a distancia, parecía más un perro de artificio que real.

—Eso de que no haya niños en este planeta ha hecho que las personas nos volquemos quizá excesivamente en los perros.

—Los perros hacen mucha compañía —le replicó Jacobo Donaldson, que hablaba siempre con una gran seguridad, como si tuviera la razón en su mano. No obstante, su actitud no molestaba a Troy Silvers, que sabia que en caso de apuro, Donaldson no dudaría en

dar su vida por él. Habían viajado mucho tiempo juntos por los espacios siderales, saltando la barrera de las estrellas.

—Hemos sustituido a los niños por perros.

—Estamos en un planeta conflictivo, Troy: sabemos que por conseguir ocuparlo y explotarlo, Fowkak seria capaz de todo. Está agazapado, esperando la oportunidad de que nos descuidemos para saltar sobre nosotros. De su parte está la ventaja de que nos hallamos muy lejos de la primera colonia terrícola y toda nuestra fuerza reside en nuestra propia autodefensa. Hemos de tener todos los puntos de vigilancia permanentemente alerta.

—Es un gasto terrible —objetó Troy.

—Pero ¿y el gran beneficio que se obtiene de este planeta? Cliptonium de fácil enriquecimiento... Hemos basado nuestra civilización actual en la energía a partir del cliptonium enriquecido; todo lo demás son energías alternativas para emergencias. Sin ese cliptonium enriquecido, cuando menos el setenta por ciento de nuestra civilización se vendría abajo. Ese mal nacido de Fowkak lo sabe y hará lo que pueda por conseguir este planeta tan rico en cliptonium. También a él le hace falta, lo iba a provechar y encima nos dejaba listos a nosotros.

—No es el planeta Cobert 14 nuestra única fuente de extracción del cliptonium; también lo obtenemos en otros planetas y planetoides.

—Sí, pero precisamente éste es rico y podemos almacenarlo en el planeta Marte, cerca de la Tierra.

—A veces me pregunto de qué nos sirve retirarnos tanto en la civilización espacial que vivimos: es a costa de demasiados sacrificios.

- Bueno, siempre ha sido duro vivir, desde el hombre de las cavernas de la Tierra a los conquistadores del espacio sideral que somos nosotros.

- —Cuando una pareja se ama aquí, las cosas no funcionan. Ambos saben que si la chica queda embarazada, según las normas debe regresar a la Tierra, por ello las parejas evitan tener descendencia.
- —Yo tengo una hija, ya lo sabes.
- —¿Y cuánto tiempo hace que no la has visto? Jacobo Donaldson suspiró, no pudo ocultar sus sentimientos.

- Hace mucho tiempo.

- —Reconócelo, como la mayoría, has tenido que volcar tu afecto en ese perrazo gigante al que le vas tirando galletas; digamos que él sustituye a tu hija.
- Donaldson, a la defensiva, replicó: —Tú también tienes perro.
- —Si, me sirve de compañía. Los malditos reptorroedores pueden aparecer en cualquier instante y mi perro, como la mayoría, está entrenado para que ninguno de esos repugnantes bichos se me eche encima y me inocule su ponzoña. Primero te paralizan como si te hubieran inyectado curare y luego te devoran.
- —Excusas. Tú también tienes un perro porque te sientes solo.
- —Puede ser, pero creo que el mejor lugar para un perro es el porche de una hermosa casa donde viva una familia completa.—Eso es cierto, pero yo quiero a este perro y él me quiere a mí. Los dos juntos vemos la «tele» y hasta discuto con él los programitas que nos endosan. A veces, pienso que este perrazo es más inteligente que los que nos programan la diversión en la «tele».
- —Bueno, Jacobo, yo tengo que marcharme.—¿Esperas encontrar un nuevo yacimiento?
- —De cliptonium, no, porque se lo queda el gobierno de la Confederación Terrícola, pero es posible que encuentre algo interesante.—Es una pena que abandonaras la milicia para convertirte en un aventurero espacial, una pena.—Por lo menos, soy libre de ir de un planeta a otro y no tengo que esperar una orden para moverme como si fuera un perrito de los muchos que tenemos en este planeta para no acabar volviéndonos locos. —Pasa por aquí siempre que quieras, Troy. Estoy seguro de que cuando termine tu excedencia voluntaria volverás a la milicia cosmonáutica terrícola. Alguien ha de vigilar y contener a Fowkak y sus huestes siderales.—Siempre habláis de Fowkak, siempre lo tenéis como un peligro latente, pero el último encuentro bélico fue hace mucho tiempo.
- —Una auténtica batalla sideral, una batalla de cosmonautas en el universo abierto, fue toda una apocalipsis. Perdimos casi tres mil cosmonaves, pero ellos quedaron tan mal que jamás olvidarán la derrota que sufrieron; por eso se mantiene a distancia, con mil precauciones. Yo creo que jamás se repondrán de la derrota sufrida, no volverán a ser lo que fueron, salvo que tengan cliptonium en abundancia.
- —Quizá lo hayan encontrado en otra parte.
- —No lo creo. Al perder sus naves, perdieron también sus

núcleos de energía y propulsión. Puede que en su maldito planeta hayan construido nuevas naves, pero estarán quietas, paradas sin poder despegar por falta de cliptonium. No se atreverán a saltar al espacio con tan sólo plutonio enriquecido, sería un suicidio; es una energía nuclear demasiado primitiva y peligrosa. Sin cliptonium en abundancia no se podrán reponer jamás de su derrota, por eso hemos de vigilar bien el planeta Cobert 14. No sólo perderíamos gran parte de nuestro poder, sino que nuestro mayor enemigo, Fowkak, se abastecería; armaría la mayor flota de guerra cosmonáutica que jamás se haya visto y comenzaría la gran invasión. En vez de utilizarlo para vivir mejor, lo emplearía todo en la guerra. Cada reinícola en vez de ser un empleado, un obrero, sería un soldado. Hombres y mujeres, soldados y los niños, en escuelas militares, para así mejor conquistar el universo. Su ambición no conoce límites.

- —¿Eso es lo que crees de Fowkak o es una idea que los mandos superiores os han machacado para que la aprendáis bien y vigiléis atentamente ante una posible aparición?—No te lo había contado antes, Troy, pero yo conocí a Fowkak. En una ocasión, se hallaba en una situación desesperada y le hice un favor.
- —¿Qué clase de favor?
- —Le salvé la vida, le di parte de mi oxígeno. El estaba en una nave al garete sideral y se había quedado sin aire. Hizo una llamada de S.O.S., yo la capté y fui en su ayuda. Lo cierto es que me he arrepentido muchas veces por no haberlo dejado morir en el espacio, seco para la eternidad, incorrupto por los siglos de los siglos. Hubiera sido como una maldición.
- —Bueno, ya veo que Fowkak no te cae nada bien.
- —Muchacho, tú no ves el peligro porque no lo has tenido cerca. Ese Fowkak se ha mantenido siempre a distancia, es como un perro apaleado, pero anda siempre husmeando, buscando un punto débil por donde atacarnos con las pocas naves que posee. Hasta ahora, no ha conseguido encontrarlo.
- —Aquiles tenía su punto débil en el talón.
- —Es cierto. Por muy buen luchador que se sea, todos tenemos nuestro talón de Aquiles, un punto por donde nos puede vencer el enemigo, por eso hay que extremar las precauciones aunque parezca que todo va muy bien.Troy Silvers se despidió de su amigo Jacobo Donaldson y de su enorme perrazo «Goliath».
- —Vamos, «Chipper».
- El perro de Troy se levantó y sin dejar de vigilar a

«Goliath», al que no había descuidado en todo el tiempo, se marchó. «Chipper» y «Goliath» se conocían desde hacia mucho tiempo. Y había costado que los dos machos dejaran de gruñirse y pelear. Era muy normal en la colonia ver a perros machos enfrentados unos a otros, mostrándose los colmillos, y no eran raras las peleas que terminaban en muerte.

Alguien había tenido la desgraciada idea de convocar peleas entre animales para apuestas y la comandancia de la colonia terrícola había tenido que prohibirlas terminantemente.

Nadie deseaba que los perros terrícolas de las distintas razas fueran expulsados de la colonia del planeta Cobert 14; hacían mucha compañía por la falta de niños y también vigilancia contra los temibles reptorroedores que abundaban por todas partes, con la suerte para los perros de que el veneno no actuaba en ellos tan rápidamente como en los humanos y además se habían encontrado antídotos, aunque, desgraciadamente, no para las personas.

—Sube, «Chipper» —pidió Troy Silvers.

El atom-hover-craft se puso en marcha. Era de color amarillo, como gran parte del suelo del planeta Cobert 14 y a distancia se confundía con él. El vehículo era muy silencioso y circulaba entre tres y cuatro pies de altura, incluso, podía ascender hasta los límites de la estratosfera y descender bajo las aguas, pero no tenia reservas para lanzarse al espacio sideral. Troy no poseía nave espacial propia y si precisaba viajar de un sistema estelar al vecino, subía a una cosmonave de viajeros o contrataba algún carguero.

Le bastaba con que le dieran una litera a él y un lugar para «Chipper», con el que se había acostumbrado a viajar.

Fue alejándose del astropuerto y de la pequeña metrópolis que formaba el núcleo principal de la colonia desde donde se partía hacia el resto del planeta.Viajó velozmente algo más de cuatro horas, soslayando los grandes desniveles para no emplear toda la energía de su vehículo AHC; tampoco tenía ninguna prisa.

Se detuvo, tecleó en el cuadro que tenia en el salpicadero y en la pequeña pantalla salió un mapa.—¿Lo ves, «Chipper»?, nuestro objetivo es este punto. Ah, si mis cálculos y mi intuición no fallan, ha de haber un depósito de oro y el oro siempre se ha pagado bien. Se pueden hacer muchas máquinas con el oro; el oro resiste la corrosión y todos los agentes atmosféricos conocidos, por eso es el metal ideal para las cubiertas. Ya sé que a ti te importa muy poco el oro y lo que significa, y que a la mayoría de la gente de este planeta lo que le interesa es el

cliptonium porque es la mejor energía conocida.Troy Silvers acarició el lomo negro de «Chipper». Tenía las patas desde las rodillas a las uñas, el vientre, parte de la cara bordeando los ojos como un antifaz, el cuello y un punto muy significativo que era la punta de la cola, de color blanco casi resplandeciente.

• —Vamos a seguir camino, ya nos falta poco.

• Siguiendo las indicaciones del mapa que había obtenido gracias a los satélites artificiales, Troy se introdujo por un área muy escarpada. Había un frondoso bosque y un rio caudaloso, que se vela obligado a pasar por un cerrado cañón, produciendo un fuerte rumor.—Es un lugar hermoso, «Chipper». Si te dejo libre aquí, puedes cazar pequeños animales.El perro le miró. Tenía un aspecto simpático que le hacia amigable a la vista de todos; sin embargo, Troy sabia muy bien que cuando se enfrentaba a otros perros por lucha de macho a macho por una hembra, era de temer.Detuvo su AHC en un lugar que le pareció oportuno. En su vehículo de múltiples posibilidades llevaba todo un equipo de subsistencia, comida, botiquín, un arma de tipo medio provista de visor de infrarrojos, un perforador ultrasónico y un cortador láser para abrirse paso entre las rocas, todo lo necesario para buscar un buen yacimiento y no había llegado hasta allí en busca de unas pepitas de oro simplemente, sino de un depósito grande.La deformación geológica del planeta Cobert 14 había sido muy distinta a la del planeta Tierra y determinados metales, como el oro, podían hallarse en grandes depósitos de oro metálico puro, si se tenía la suerte de encontrar uno de ellos.El lugar era hermoso y ofrecía múltiples oportunidades para esconderse, aunque no había por qué hacerlo. Debido a la efectiva vigilancia que se ejercía ante la posibilidad de un ataque de Fowkak y sus huestes espaciales, cualquier terrícola podía vivir con tranquilidad en Cobert 14; sin embargo, las normas seguían siendo duras, pues el planeta Cobert 14 era considerado como planeta en preguerra, en estado de máxima seguridad.Ya muy cerca del nivel de las aguas del propio rio, Troy Silvers halló una grieta que le pareció interesante.Detuvo su AHC entre unas rocas y tomando el triturador ultrasónico y una potente linterna adherida a su casco, le dijo a su perro:

• —Vamos a entrar, a ver qué encontramos.

• El terrícola, aventurero en los planetas más alejados, se internó por la grieta de la roca.

• La luz iluminaba su avance. Había bastante humedad y el detector de metales le advertía que se hallaban cerca de una gran masa metálica. La grieta parecía conducirle a ella, era

como una galería natural por la que tratase de respirar el interior ele la montaña.

Hubo momentos en que parte de las patas del perro avanzaron por el agua que goteaba del techo o resbalaba por las paredes.

—Cuidado, «Chipper» —advirtió al animal.

Una especie de sendero natural seguía pegado a la pared y a la izquierda se abría un abismo que se hundía en las entrañas de aquel ignoto subsuelo del planeta Cobert 14.Con la punta de la bola, lanzó una piedra al fondo del abismo y escuchó un ruido significativo.

—Aquí hay un rio subterráneo; caer en él es morir.

El animal parecía entender las palabras y tras permanecer atento, con las orejas enhiestas, siguió el avance acercándose más a la pared.Dejaron atrás el tramo peligroso y se encontraron con que debían trepar casi tres metros de altura entre rocas. Desde allí se abría otra galería por la que se introdujeron, pues Troy Silvers continuaba atento al marcador de su detector de metales, que cada vez parecía enloquecer más y más.Algo muy brillante comenzó a lanzar destellos desde el suelo.

—¡Fíjate, «Chipper», eso es oro!

Avanzaron sobre aquel suelo de oro puro, posiblemente formado hacía millones de años, del planeta Cobert 14. En aquel sitio debió haber una elevadísima temperatura y el oro fundido había escapado por allí, pero la gran masa debía estar cerca, muy cerca.

—¡«Chipper», hemos dado con el muro de oro!

Efectivamente, ante ellos la galería se ensanchaba y sus paredes y el suelo eran todo de oro…

—Será interesante calcular el espesor de este depósito de oro puro. En nuestro planeta Tierra jamás se ha encontrado nada igual.Tenía deseos de cortar y sacar un bloque como si fuera granito o mármol, pero aquello no era tan fácil y optó por arrancar unos pedazos de los que se hallaban más cerca de las rocas.Disparó el ultrasónico; mas, de pronto, todo se puso a temblar.El perro gimió mirando en derredor, como temiendo que el techo se le fuera a caer encima.No había tiempo de escapar, el camino hacia la salida era demasiado largo y peligroso. Sólo había que aguardar a ver si la suerte estaba de su lado o en contra.Nadie iría a ayudarles hasta aquel lugar, metidos como estaban en las entrañas del planeta.El derrumbe terminó, dejando tras de si una polvareda que no tardó en posarse, no sin hacer toser al terrícola y estornudar repetidamente a su can.No habían sufrido heridas ninguno de

los dos, pero Troy Silvers se quedó mirando la abertura, cegada por toneladas y toneladas de piedra y roca.—Mala suerte, «Chipper». Según el espesor que tenga el tramo cegado de la galería, saldremos o no con vida de este agujero y yo habré tenido la culpa de que mueras por haberte metido aquí.

- El animal se lo quedó mirando como si hubiera entendido. En sus ojos no había rabia ni miedo, sino fidelidad y deseos de trabajar y de un salto se precipitó sobre las piedras y las rocas y con sus uñas comenzó a cavar.

•

• CAPITULO II

• —¿Qué te parece el programa, «Goliath»? No vale nada, ¿verdad? Aunque me temo que, de tanto y tanto mirar la «tele», te estás volviendo tan idiota como los terrícolas pensantes o, por lo menos, se supone que pensamos.

• El gigante de la especie canina se había quedado mirando la pantalla de TTV, grande, hermosa, en tres dimensiones y con un color natural que encantaba verla.Proyectaban una película antigua con un argumento deprimente que sólo servía para que unos persiguieran a otros y en medio había una chica rubia muy mona que a cada momento temía ser atrapada.En el filme salían perros a los que se golpeaba, perros histéricos que no cesaban de ladrar, perros metidos en cajones. El que había programado la arcaica y obsoleta película de entretenimiento, posiblemente lo había hecho en razón a que salían muchos perros, lo cual habría de gustar forzosamente a los terrícolas de la colonia en el planeta Cobert 14, mineros, empleados de servicios y los milicianos cosmonautas.Lo que Jacobo Donaldson no vio era que «Goliath», el enorme perro, iba tiñendo sus ojos de rojo. Su respiración se agitaba cada vez más y un gruñido feroz pugnaba por brotar de su garganta.De pronto. «Goliath» se volvió hacia su amo; ya no estaba sentado sino que su actitud era francamente belicosa. Gruñó con fuerza y lanzó un par de broncos ladridos.—¿Qué te pasa, «Goliath»? ¿Es que no te ha gustado la película?

• El animal mostró sus fauces.

• Cuando Jacobo Donaldson se percató de la transformación, ya era tarde; había creído que sería siempre un animal dócil, incapaz de lanzarle un gruñido, pero ahora, bruscamente, en sólo unos segundos, quizá más, él no lo sabía, «Goliath» se había convertido en una fiera sanguinaria.

• —¡«Goliath»! —gritó.

• Puso sus manos por delante para impedir el ataque, no lo logró.La primera vez que «Goliath» cerró sus fauces en el imprevisto ataque a su amo, el amo que le lanzaba galletas, el amo que tanto le había mimado, el amo que lo había paseado con orgullo, los terribles colmillos partieron de una sola dentellada el brazo del sorprendido comandante de las fuerzas milicianas terrícolas en el planeta Cobert 14.

• —¡«Goliath»! —volvió a gritar.

• La segunda dentelladla destrozó el cuello del amo. No era la mordida de un animal pequeño o medio, era una mordida mortal de necesidad. Venas, esófago, tráquea, todo quedó

seccionado, abierto, saliendo la sangre a chorros y manchando al perro asesino.Caído en tierra, con el brazo separado del resto del cuerpo y la cabeza apenas unida al tronco por parte de los músculos que rodeaban las vértebras, Jacobo Donaldson había dejado de existir mientras en la pantalla televisiva daba comienzo un programa musical.

- «Goliath» posó sus patas sobre el amo asesinado y ladró con fuerza, como si supiera que le iban a oír. Después corrió hacia la puerta. Las células fotoeléctricas que controlaban las cerraduras actuaron y la puerta se abrió automáticamente.
- «Goliath» salió al exterior, cruzó el cuidado césped y saltó la valla, pasando a la calle lisa y fina.
- «Goliath» se detuvo y volvió a ladrar con voz bronca. Un montón de ladridos le respondieron y en la calle fueron apareciendo multitud de perros de las más distintas razas y tamaños; machos y hembras se aglutinaron en una manada que podría llamarse jauría, ya que todos iban manchados en sangre.
- Todos, hasta los más pequeños, habían saltado sobre sus amos, asesinándolos. Incluso un pequeño pequinés había podido alcanzar la garganta de su ama, una funcionaría del servicio de seguridad, degollándola.
- Cuando había conseguido quitarse de encima al pequeño perrito, ya la sangre brotaba a borbotones por la yugular.Podían oírse aún gritos de agonía brotando de gargantas de humanos terrícolas y lo grave es que los que no tenían perros desconocían la pavorosa tragedia.Los perros se lanzaron en tropel por las calles de la pequeña metrópoli.En un *bungalow,* que tenía una de sus ventanas entreabiertas, se filtraron tres perros en su interior y no tardaron en oírse alaridos de horror. Luego la muerte. Cuerpos mordidos tendidos en el suelo, desangrándose.Nadie había podido imaginar nada semejante. La colonia terrícola en el planeta Cobert 14 se tiñó de sangre sin un solo disparo. Eran los perros, los mimados de la colonia, quienes saltaban sobre sus amos y otros seres humanos que encontraban a su paso o en las casas.—Hola, perritos —saludó un capitán de las fuerzas milicianas al apearse de su vehículo.Cuatro canes se abalanzaron sobre él sin darle tiempo a reaccionar y, a dentelladlas, saltaron los pedazos de carne de su cuerpo.El capitán luchó contra ellos; fue inútil, no llegó ni a la puerta del *bungalow.* Cayó de rodillas y un pedazo de cara le fue arrancada de una dentellada. Después el cuello fue materialmente destrozado.
- Timothy Hage salía de su casa cuando a la luz de una alta farola vio avanzar la jauría. Comprendió que la situación se

había puesto fea, no era normal lo que sucedía con aquellos perros que corrían hacía él y cuya actitud no era precisamente amistosa.

- En tres zancadas, alcanzó su casa y cerró la puerta.
- Comprobó que las ventanas se hallaban cerradas; no obstante, los perros saltaron contra los cristales tratando de romperlos con sus cabezas; mas no lo consiguieron, los cristales eran de máxima dureza.Encendió la gran pantalla de TTV con que estaban equipados todos los hábitats de la colonia, lo mismo los de la metrópoli que los más alejados.Centró el canal de noticias al segundo, donde todas las noticias que se iban produciendo en la colonia, en los planetas más cercanos e incluso la Tierra, iban desfilando por la pantalla.Mientras los perros rodeaban el *bungalow* y saltaban inútilmente contra los cristales y el gigante «Goliath» ladraba desde la calle, como dirigiendo a sus huestes armadas de temibles colmillos, Timothy Hage aguardó esperando averiguar lo que había ocurrido, mas el noticiero, en sus primeros minutos, no comunicó nada.
- «Qué extraño», se dijo.
- Fue al videófono y llamó a la central de información. —Oiga, oiga, señorita...
- En la pequeña pantalla del videófono apareció la operadora del centro de información. —¿Quién llama?
- —Soy Timothy Hage, miliciano cosmonauta. —Hola, Timothy.—¿Qué diablos pasa con los perros? —¿Con los perros...?
- Un pointier se acercaba a la operadora por detrás, Timothy pudo verlo ligeramente e intuyó lo que iba a ocurrir. —¡Cuidado!—¿Qué? —respondió la operadora de videófonos.El pointier saltó sobre ella por la espalda.
- Como la fidelidad de sonido era muy grande, Timothy pudo oír con patética claridad el chasquido de las mandíbulas del animal transformado en fiera cerrándose sobre la base del cráneo de la mujer, por debajo de la vértebra atlas.
- —¡Aaaaaah!
- —Dios, qué horror —gimió Timothy, impotente para evitar la tragedia.
- La potencia del animal era inferior a la de «Goliath» y hubo de cerrar por tres veces más sus mandíbulas antes de que la operadora torciera la cabeza para siempre, salpicando de sangre a su alrededor, especialmente las fauces de la bestia.
- «¿Qué ha pasado aquí?», se preguntó el jovencísimo Timothy Hage que apenas debería hacer dos millares de horas que había llegado a la colonia donde los perros eran los

mimados por la compañía que hacían y por las disputas y envidias que se suscitaban gracias a ellos, pues todos pretendían poseer el mejor animal de su especie y se llegaban a pagar cantidades elevadas.Como el enfoque de la cámara del videófono no era móvil sino fijo, sólo pudo ver parte del cuerpo de la desgraciada muchacha victima de la ferocidad del perro.Vio cómo el cuerpo era sacudido, no sabía si por movimientos espasmódicos de los músculos que aún retenían hálitos de vida o porque el perro seguía ensañándose con ella.Después de todo, era mejor no verle el rostro, el cuello y la parte alta del tronco. Cerró el videófono.Llamó al Centro de Seguridad y pese a su insistencia nadie le respondió. Perplejo, optó por llamar a la propia casa del comandante en jefe de las fuerzas milicianas en Cobert 14. El silencio fue la respuesta.—Dios mío, tengo que averiguar lo que está pasando, no comprendo nada, nada.Matar a los perros con armas láser o ultrasónicas no era nada difícil. ¿Por qué no se habían empleado las armas para acabar con los canes asesinos? ¿Cómo se había producido una transformación tan rápida como virulenta?Buscó su arma corta reglamentaria, pero no la tenía en casa, sino en su vehículo AHC, que aguardaba fuera. Debía llegar hasta él y coger el arma para defenderse.Alguien estaría vivo como él y tenían que formar un equipo, una patrulla para exterminar a los perros.Lo que Timothy Hage ignoraba era la masacre ya perpetrada por los animales, debido a su número y favorecidos por el factor sorpresa.

- Los animales, considerados protectores, acompañantes totalmente inofensivos, habían ido entrando en todas partes; se les podía hallar en las oficinas, junto a las cosmonaves, en las viviendas.
- Los perros parecían dispuestos a no dejar a un humano vivo en toda la colonia, por ello no acababan de alejarse del *bungalow* de Timothy Hage y trataban de entrar en él por las ventanas.
- Timothy Hage se dijo que lo mejor era salir y buscar a alguien más, había que hacer una fuerza de choque contra los perros asesinos.
- Buscó comida en su frigorífico y sacó unos pedazos de carne. Se acercó a una de las ventanas, la abrió y arrojó la comida por ella. De inmediato, los ladridos se multiplicaron.Unos perros se lanzaron sobre la carne, mientras otros intentaban entrar en el *bungalow*. La ventana ya no pudo cerrarse; hocicos, colmillos, patas lo impidieron.
- La algarabía atrajo a otros perros, lo que aprovechó Timothy Hagen. Armado de una barra metálica que halló en su

casa y que servía de colgador, salió a la carrera por la puerta para tratar de llegar a su vehículo AHC bajo la luz de las farolas mientras en el cielo brillaban las miríadas de estrellas, expectantes ante lo que estaba sucediendo en el planeta Cobert 14.

- Dio un punterazo a un perro que saltaba sobre él. Otro se colgó de su brazo con las mandíbulas y empleó el extremo corto de la barra metálica, que era hueca y le salía por detrás del puño, para abrirle el cráneo. Tuvo que sacudirse al animal, que había hundido los colmillos en su carne.
- Otro perro consiguió alcanzarle una pierna y otro se le lanzó hacia el cuello. De un punterazo en el costado, lo desvió en el aire mientras sonaba un chasquido mortífero.
- Uno logró morder el puño armado con la barra metálica mientras Timothy abría el vehículo AHC. Lo tumbó de un puñetazo en el hocico, y lo dejó dando vuelcos en el suelo.
- Cuando cerró la puerta del vehículo, llegaba «Goliath», que se había erigido en jefe de la feroz jauría. Sus descomunales mandíbulas eran capaces de triturar una cabeza humana de una sola dentelladla. Golpeó con sus patas la ventanilla de la portezuela mientras ladraba bronco y mostraba sus colmillos.
- Timothy Hagen, sangrante, herido de consideración, no se entretuvo en buscar su arma en la guantera, sino que partió rápido de aquel lugar.
- El vehículo se puso en marcha y se alejó perseguido por los perros, que no querían que escapase.Timothy no necesitaba un espejo para saber que estaba ensangrentado y que su aspecto era lastimoso. Dejó atrás a la jauría, pero, al girar por una de las plazas de la metrópoli, se encontró con otra jauría.
- El faro de su vehículo los iluminó y los canes, en vez de retroceder, se lanzaron sobre él con una ferocidad inusitada, una ferocidad diabólica.
- Pasó entre ellos y cuando vio que de algunos *bungalows* salían perros, comprendió lo que estaba ocurriendo. En todas aquellas casas de las que salían perros, ya no debían quedar seres humanos terrícolas vivos.Se habían llegado a realizar estadísticas de los perros existentes en la colonia y se habló de varios millares, pero una cosa era la cifra sobre un papel, sobre una imagen de perro en la pantalla, y la otra, la realidad, ver a tantos y tantos corriendo por las calles con las fauces ensangrentadas, aullando, ladrando, gruñendo.No se había puesto limitación respecto a los perros que podía poseer cada individuo mientras obtuviese los alimentos en el propio planeta Cobert 14, ya que de lo contrario habría sido demasiado

gravoso.Los perros se habían reproducido y algunas personas tenían hasta diez, mientras otras se conformaban con uno solo.Se dijo que debía llegar al hospital para ser curado. El hospital era de una sola planta, amplio y bien atendido, mas cuando vio salir a varios perros de su interior, el corazón le dio un vuelco.Timothy buscó la entrada de emergencia. Su vehículo era estrecho, de modelo pequeño. Hacía poco que llegara al planeta y se conformaba con uno de los vehículos que las fuerzas milicianas habían puesto a su disposición para que se desplazara por el planeta.No se había preocupado de comprarse un modelo más amplio o más sofisticado.Con el morro de su vehículo, empujó las puertas y se introdujo por los corredores de la clínica. Varios perros aparecieron ante él, incluso llegaron a saltar sobre el vehículo dentro del cual Timothy se sentía protegido.

- Lo que pudo ir viendo era horrible, dantesco.
- Enfermeros, enfermeras, médicos de ambos sexos, todos caídos, destrozados, medio devorados, sangre por todas partes...
- —Dios, Dios, esto es una carnicería —gimió.
- Algunos enfermos habían sido degollados en sus propios lechos. Otros, sorprendidos, trataron de escapar por sus propios pies, pero habían sido cazados por las fieras y los pijamas estaban hechos jirones. Horripilaba ver sus cuerpos, destrozados con ensañamiento.
- Se pegó a la clínica de urgencias. Acercó la portezuela al armario de botiquines móviles y, abriendo el cristal con su mano herida, tomó uno de los botiquines y lo introdujo en el vehículo.Un dálmata, que no parecía nada hermoso en aquellos momentos, consiguió introducir la cabeza en el AHC, pero el cristal se cerró, atrapándolo. Abrió y cerró las mandíbulas como intentando apresar a Timothy, que se alejó con su vehículo, circulando por los amplios corredores de la clínica.El cuerpo del dálmata fue golpeando contra las jambas de la puerta hasta quedar prácticamente decapitado. El cuerpo fláccido colgaba ya de la portezuela ensangrentada.Timothy Hagen condujo velozmente hacia las afueras de la metrópoli y cuando ya no vio perros cerca abrió la ventanilla. El dálmata, cuya cabeza sólo permanecía unida al cuerpo por parte de su consistente piel manchada en negro y blanco, por diferencia de peso cayó al exterior.
- Timothy volvió a cerrar la ventanilla, alejándose más y más de la metrópoli masacrada. Suponía que habría de quedar alguien más vivo, pero ¿dónde, dónde?

CAPITULO III

Estaban casi sin aire, sin fuerzas, mas no cedían en su avance.No había problemas con la luz, ya que la linterna incrustada en el casco estaba alimentada por una micropila nuclear, que proporcionaba gran luminosidad y muchas horas de luz.El fiel perro de Troy Silvers tenía los pies sangrando. El hombre había tratado de que el animal no se hiriese en aquel interminable cavar y cavar, pero el can no había permitido que el hombre hiciese todo el trabajo en aquella situación desesperada.Con las manos y ayudado por el perro, limpiaba de piedra y tierra el hueco practicado y cuando se encontraba con dureza empleaba el triturador ultrasónico. Así, centímetro a centímetro, iba avanzando, ignorante del espesor que aún quedaba.

Al fin, llegó una bocanada de aire, una ráfaga que «Chipper» captó de inmediato y ladró con fuerza. —¡Aguarda, «Chipper», aguarda!

Ambos estaban exhaustos. Llevaban muchas horas abriéndose paso en aquella galería, tantas que habían tenido que descansar en tres ocasiones para reponer fuerzas. Carecían de agua para beber y, por supuesto, de alimentos.

Troy Silvers disparó de nuevo su supraultrasonic y el boquete se hizo más grande. Existía el riesgo de nuevos corrimientos, pero había que arriesgarse.

Al fin, consiguieron hacer la abertura lo suficientemente grande como para poder pasar reptando por ella. Troy Silvers empujó primero al perro y luego pasó él.—Ya estamos salvados, «Chipper». Respira, respira hondo.El animal sacudió su cuerpo, expulsando la tierra adherida a su pelaje. Luego ambos echaron a andar por la galería. Rebasaron la zona peligrosa donde había la sima abismal cuyo fondo era un río.Cuando salieron al exterior, era de noche, pero la luz que Troy llevaba en su casco les iluminó.Descendieron hacia el rio y allí ambos se saciaron de agua y se lavaron. Luego Troy se tumbó boca arriba y el animal se sentó a su lado.—Son cosas que pasan, «Chipper», pero el oro está dentro; sabemos dónde se halla. No hemos perdido el tiempo ni nos hemos jugado la vida por nada aunque tú te vayas a beneficiar poco de ese oro. Seguirás comiendo galletas para perro y algún animalito que otro. Por suerte para ti, no eres un vulgar consumista y, desgraciadamente para mí, hace falta dinero para todo, hasta para seguir respirando.

Comieron y descansaron dentro del propio vehículo AHC, amplio y bien pertrechado para poder explorar lugares salvajes

y alejados de todo núcleo civilizado.

- Se hizo un mapa de situación y explicó a su perro:
- —Vámonos, volveremos con el material adecuado para la extracción. Hay que asegurar las paredes para que no haya más derrumbes. Compraremos dos o tres robots para el transporte de material.Al oír la palabra «robot», el perro estiró sus orejas, como poniéndose nervioso.
- —No temas, no serán robots humanoides; ya sé que no te hacen ninguna gracia. Serán robots de transporte, que se les pueda colocar la carga encima y no se pierdan por el camino ni se caigan al abismo; robots con tracción oruga.
- Al día siguiente, ya repuestos, Troy Silvers conectó el informativo y sólo aparecieron pitidos.
- —Qué raro. ¿Tendrán avería en la emisora?
- «Chipper» ladró un par de veces y Troy Silvers apagó el receptor, conectando un micro cassette musical.Había amanecido un día espléndido. El sol, de un brillo cegador, calentaba las piedras que no estaban protegidas por vegetales hasta resquebrajarlas. Aquel planeta tenía este y otros inconvenientes.El calor de su estrella-sol era muy duro y difícil de soportar. Su capa de ozono protector era más débil que la terrestre y muchos vegetales morían, incapaces de soportarlo. Sólo crecían bien los que brotaban y se reproducían en lugares protegidos por las montañas, valles profundos y los lados considerados norte, siempre pensando en el norte del planeta Cobert, que carecía de hielos perpetuos.
- —Oiga, sea quien sea, ¿me oye, puede oírme?
- La llamada entró por el intercomunicador de cortas distancias.
- —Sí, le oigo. ¿Quién habla?—Soy Timothy Hage, de las fuerzas milicianas.—¿Ocurre algo, hay controles de seguridad?
- —Por favor, desvíese diecisiete grados de su trayectoria; le estoy controlando con mi radar.
- —¿Y si no me desvío, qué pasará? —inquirió Troy.
- Había una especie de desafío en su respuesta, no le gustaba la disciplina.
- —Que le perderé de vista —dijo Timothy, algo desinflado. —Oiga, su voz parece muy apagada. ¿Le ocurre algo?—Estoy herido, necesito ayuda.—¡Cuernos, haberlo dicho antes!
- Troy Silvers efectuó un viraje brusco con su vehículo. «Chipper» le miraba inquieto, captó el sentir de su amo y su respiración se hizo más patente. Troy conectó su radar y no captó ningún vehículo en movimiento. Al fin, su visor telescópico para grandes distancias captó a otro vehículo AHC

se dirigió a su encuentro, deteniéndose a su lado. Saltó tras posarlo en el suelo.

La portezuela del otro vehículo estaba abierta. Troy medio se introdujo en él y al ver la sangre y las heridas en los brazos, en las manos y en la pierna del miliciano, exclamó:

—¡Por todos los diablos siderales, muchacho! ¿Qué te ha sucedido?

—Los perros.

—¿Los perros? ¿Has bebido y has sufrido luego un accidente?

Mientras, «Chipper» olfateaba detenidamente toda la carrocería exterior del vehículo del joven miliciano.—No es una broma, todo me duele mucho. ¿Puede ayudarme? Tengo el brazo casi paralizado, no sé si los colmillos me dieron en el nervio o en un tendón.

—Lo que hay que hacer es llevarte rápidamente al hospital.
—¿Al hospital?

Inopinadamente Timothy, como al término de una crisis, al verse ya junto a otro ser humano igual que él, soltó una carcajada más propia de un loco.—Bueno, si el chiste estaba bien, basta de risas; hemos de ir al hospital.—¿El hospital? —Timothy ya no reía, su mirada semejó perderse en el horroroso interior de su mente donde se amalgamaban muchos y sangrientos recuerdos.

—Ya no queda nadie vivo allá.—Pero ¿qué dices? ¿Tienes alguna herida en la cabeza?

—No lo sé, todo podría ser una pesadilla, ojalá fuera una pesadilla. —Timothy comenzó a sollozar roncamente.—Vamos, vamos, muchacho —le dio unas palmadas, infundiendole ánimos—. Yo te curaré, veo que tienes botiquín y todo. En cuanto al brazo, verás como se le repone, puede ser un calambrazo.

Troy Silvers comenzó a limpiar y desinfectar las heridas y fue dándose cuenta de las mordeduras. Las huellas de los colmillos caninos quedaban bastante claras y no todas eran del mismo tamaño, lo que indicaba que había sido mordido por perros diferentes. Le llenó de pomadas cicatrizantes y vendó las heridas con cuidado.

—Te repondrás. Hay que descansar un poco y ahora me contarás eso de los perros.

Ya más repuesto, Timothy Hage explicó:—Se han vuelto locos.—¿Quiénes?, ¿los que tienen perros?—No, los perros.—Es muy extraño lo que dices.

—Me atacaron. Mataban, mordían a todos, a todos. Yo vi

morir a la operadora de la central informativa a través de mi videófono.Troy hubiera pensado que aquel joven cosmonauta, casi recién llegado al planeta Cobert 14, se había vuelto loco, de no haber visto las horribles mordeduras que sufría.

• —¿Cómo ha podido suceder lo que explicas?

• —No lo sé. Yo no tenía perro y no pude ser sorprendido. Cuando los vi frente a mi *bungalow,* eran ya jauría. Todos estaban manchados en sangre, eran fieras. Entraban en las casas y mataban por sorpresa. Yo entré con este vehículo en el hospital y vi un panorama horrible, médicos, enfermeras, enfermos, todos muertos salvajemente. Esos perros han sabido abrir puertas e introducirse por todas partes.

• —¿Y la patrulla de seguridad?

• —No respondían. Si tenían perros cerca, debieron atacarles por sorpresa como a los demás.

• Troy miró entonces a «Chipper», que parecía un tanto inquieto, olfateando.

• —No tema, el suyo no está loco; de lo contrario, ahora su garganta estaría seccionada. Pero si acepta un consejo, mátelo, mátelo antes de que enloquezca como los otros.

• —¿Matar a «Chipper», como si estuviera rabioso?

• —Eso es. Se trata de una epidemia que él también puede sufrir.

• —Cuando lo vea mal, lo mataré; pero ahora no, ni pensarlo. Veré de comunicarme con el comandante Donaldson. —No responde.—¿Lo has intentado tú?

• —Sí, y lo que es más grave, había visto un par de veces a su perro, un gran danés de color marrón.

• —Sí, ése es «Goliath» —asintió Troy.

• —Ahora parece el jefe de la jauría de perros asesinos. Ya puede imaginarse lo que le habrá ocurrido al comandante Donaldson, si ese perrazo la ha saltado encima.

• —Lo averiguaremos.—¿Qué trata de hacer?—Ir a la metrópoli.—No lo haga, le asesinarán.

• —Si vamos dentro del vehículo no nos pueden hacer nada y llevamos armas; porque tú llevas una, ¿no?

• —Sí, tengo un arma; pero no tuve tiempo de emplearla.

• —La mano derecha será mejor que la mantengas quieta, pero la zurda puedes utilizarla.

• Sacó la pistola de la guantera y se la entregó.—¿Crees que conseguiremos algo yendo a la metrópoli?

• —No lo sé, pero menos haremos aquí. Ahora, sí puedes moverte, pasa a mi vehículo; es mucho más ancho. Llevo alimentos y agua y se puede dormir dentro si es necesario.—Sí,

sí. Mi AHC es muy pequeño, por eso me pude colar en el hospital; pero mejor no lo hubiera hecho porque lo que vi no podré olvidarlo jamás.—Si no hubieras entrado en el hospital, no tendrías ahora este magnifico botiquín para emergencias con que te he hecho la primera cura, aunque me temo que sí no encontramos médico dentro de algunas horas, tenga que hacerte un cosido.

- —Haga lo que quiera. Por cierto, ¿cómo se llama?—Troy Silvers.
- —¿Troy Silvers, el capitán miliciano? —El ex capitán —puntualizó Troy. El joven parpadeó. —No lo sabía.
- —Ahora soy un civil, un aventurero como lo llaman algunos, un buscador de yacimientos metálicos en los espacios siderales.
- —¿Por qué dejó la milicia?
- Había casi desconcierto y algo de decepción en las palabras del joven Timothy Hage. Troy Silvers se encogió de hombros y respondió:—Quizá porque quería probar cómo se volaba con alas propias, sin que le diesen órdenes a uno.
- —Pero regresará a la milicia cosmonáutica, ¿no?
- —No lo sé, el destino siempre es una incógnita para todos. Está lleno de velos que no nos dejan ver y que hay que rasgar día a día, hora a hora, minuto a minuto. Mi perro y yo hemos estado a punto de perecer en un derrumbe; creí que sólo nosotros la pasábamos mal, pero he podido escapar y me encuentro con lo más increíble que pudiera imaginar, los perros atacando a sus amos. Te juro que si me lo cuentan antes me echo a reír.
- —Yo le he admirado siempre, capitán Silvers.—No me llames capitán Silvers, soy simplemente Troy.
- —Oí decir que usted era el mejor en la flota de cosmonaves de caza siderales.—Se suponía, nada más. Yo no participé en la guerra contra la flota cosmonáutica de Rein.
- —Si lo hubiera hecho, habríamos tenido menos bajas.
- —Tonterías, los que participaron lo hicieron muy bien y los que cayeron fueron hombres como tú y como yo, que supieron darlo todo. No hay época mejor ni peor, siempre es igual; siempre hay cobardes y valientes. Ahora basta de charla, amigo. ¿Te hace un calmante?
- —Aguantaré sin él —dijo. Mientras trataba de levantarse, un gesto de vivo dolor se reflejó en su rostro.
- —Tranquilo, será mejor que te lo ponga.—No, no, aguantaré —insistió el jovencísimo cosmonauta.—Tranquilo, conmigo no hace falta que te hagas el héroe.—No, no me dé

calmantes; no quiero estar atontado.

- —No temas, te administraré calmantes locales, en los brazos y en las piernas. Sólo aliviará el dolor local, podrás moverte mejor; pero no te confíes demasiado, el que no vayas a sentir dolor no quiere decir que la herida no exista y podrían provocarse más desgarros. ¿Entendido?
- —Si.
- Troy Silvers preparó una aguja hipodérmica grande, la llenó de líquido e inyectó una porción de él en cada una de las zonas heridas del muchacho.—Ahora a esperar unos minutos. La verdad es que, al enfriarse, las heridas se te habrán agarrotado.Pasaron los minutos. El jovencísimo Timothy, más alegre, dijo:
- —Ya no me duelen.—Bien, ahora veamos ese brazo.—Cuidado, que...Troy se lo movió.
- —¿Ves? No tienes nada roto, se había enfriado y con alguna herida. Veremos qué ocurre cuando termine el efecto de la droga. Ahora, vámonos. ¡«Chipper», al cart!El perro se introdujo en el vehículo y no le agradó demasiado que Timothy ocupara su lugar.Troy Silvers reclinó el asiento para que el muchacho estuviera más cómodo y luego abandonó aquel lugar dejando el vehículo de Timothy vacio.La metrópoli, con su jauría de asesinos, les aguardaba.

-
- CAPITULO IV
- Timothy no daba crédito a lo que veía. La metrópoli aparecía silenciosa en torno a ellos, era como si de pronto hubiera sido abandonada por todos sus habitantes.
- Tampoco están los perros —observó Timothy.
- Es cierto, no se ve a nadie.
- «Chipper» miraba también a través de las ventanillas y olfateaba algo que se introducía en el vehículo y le desasosegaba.De algunos de los hábitats, salía música. En otros, había luz pese a ser de día, pero las puertas estaba abiertas.
- Los han asesinado a todos —sentenció Timothy.
- Aún no estamos seguros, todos no tenían perros.
- ¡Atención, atención! —comenzó a llamar Troy Silvers a través de su equipo de megafonía exterior—. Si alguien me oye, que responda de alguna manera.
- La voz de Troy brotaba con fuerza por los huecos de su vehículo mientras avanzaba lentamente por entre las calles de la metrópoli.
- —No hay nadie, ni los perros.—Pero si nadie los ha matado, ¿dónde están los perros?
- —No lo sé, pero son temibles. —Con las armas los barreremos.
- Puede que no sea tan fácil; ellos corren mucho y son muchos, pueden esconderse en multitud de lugares y siempre habrá uno de ellos dispuesto a saltar sobre nuestra garganta cuando menos lo esperemos.
- —No desesperes, Timothy. Mientras haya un terrícola vivo, hay esperanza.Troy Silvers maniobró con su vehículo. Conocía bien las calles de la metrópoli y se dirigió a la residencia del comandante de las fuerzas milicianas terrícolas que protegían al planeta Cobert 14.—La puerta está abierta, ya puede imaginarse lo que significa.
- —Si, pero quiero comprobarlo por mi mismo. Detuvo el vehículo frente a la entrada. —¡No baje! —le pidió Timothy. —Iré con cuidado, no temas.
- Tomó su arma polivalente y colocó el medidor para incinerar en el acto. Salió del vehículo y «Chipper» saltó junio a él, acompañándole.La vivienda tenía sus luces encendidas y también la pantalla de TTV donde podía verse un programa

seguramente grabado en cinta.—Por Satanás, qué horrible —exclamó, al ver a su amigo Jacobo Donaldson con el cuello y el brazo destrozado, separados del resto del tronco.

- Fue al dormitorio y tomó una manta con la que cubrió el cadáver. «Chipper» le miró y olfateó en derredor. De pronto, se quedó mirando la pantalla de TTV, pero Troy Silvers la cerró.
- Sintió una fuerte emoción interior. No podía concebir que su amigo estuviera allí destrozado, muerto por su propio perro al que tanto había mimado. ¿Qué habría sucedido?
- Hallar respuestas a lo que le rodeaba no sería tarea fácil, lo sabia, pero tenía que hacer algo.Decidió llamar a través del videófono a varios lugares, mas en ninguno le respondían.
- —¿Será posible que haya muerto todo el mundo?
- —Oiga, oiga, ¿me oye? De pronto, se produjo la comunicación. —¡Sí, le oigo!—Ah, es usted, Silvers. ¿Está el comandante Donaldson? Quien preguntaba era Shofert, el hombre que controlaba los alimentos de la metrópoli. —El comandante ha muerto. —Los perros, ¿verdad? —Si, ¿qué sabe usted de los perros?
- —Sólo que se han vuelto locos. Han matado a todos, creía que sólo quedaba yo, encerrado en mi casa. Es increíble, pero se han metido por todas partes y la culpa es nuestra por haberlos dejado entrar hasta en las oficinas.
- —No está usted solo, Shofert; ya somos tres.—¿Otro más? —Sí, Timothy Hage.—No le conozco.—Es un miliciano muy joven.—¿Puede manejar una nave de combate?—No, no creo; está herido.
- —¿Sabe dónde se han metido los perros? No me he atrevido a salir a la calle.
- —No lo sé, coja su vehículo y venga.— No, no salgo; no quiero que esas bestias me destrocen—Está bien, iré yo a buscarle.
- —Me hallo en la cuatrocientos doce —le dijo Shofert, evidentemente nervioso—. Estoy armado; si aparecen los perros comenzaré a disparar.—Bien hecho. Si los perros se han vuelto locos, hay que exterminarlos allá donde los encontremos. Tenemos armas y, aunque seamos pocos, podemos barrerlos sin dificultad; la sorpresa ya se ha superado.
- —Les espero.
- Cortaron la comunicación a través del videófono y cuando Troy se retiraba ya hacia la puerta, el receptor de mensajes tecleó automáticamente. El hombre retrocedió para leer el mensaje que se estaba recibiendo.

    - PAPA, LLEGO DENTRO DE SIETE

HORAS, NAVE CHARTER.
SORPRESA. BESOS. *SONIRIA.*

- —¿Soniria, la hija de Donaldson?
- Abandonó la casa, cerrándola tras coger el fusil polivalente del propio Jacobo Donaldson.—Por si nos hace falta —le dijo a Timothy, mostrándoselo.
- —Está muerto, ¿verdad?
- —Desgraciadamente, sí. He cerrado la puerta por si los perros regresan hambrientos.
- —¿Teme que se coman a los cadáveres?—Es posible si el hambre aprieta. Ah, no estamos solos.—¿Hay más vivos?
- —He contactado con Shofert y es posible que haya más. —¿Shofert?
- —Sí, el hombre que distribuye los alimentos en al metrópoli nos espera. Ah, dentro de unas horas llegará una cosmonave procedente de la Tierra. Viene gente que puede ayudarnos y a ti te trasladarán a la Tierra para ser hospitalizado debidamente. Dentro de la horrible masacre, parece que renace la calma. La tempestad ha pasado y nos vemos rodeados de víctimas. Cuando consigamos comunicarnos con el gobierno de la Confederación Terrícola, enviará refuerzos y hombres para solucionar lo ocurrido aquí. Por supuesto, se van a prohibir los perros y como yo no pienso desprenderme de «Chipper», tendré que irme a otra parte.—¿Cómo es que su perro no se ha vuelto loco como los demás?
- —No lo sé, supongo que porque hemos estado sepultados dentro de una sólida montaña y la influencia, virus o lo que sea que les ha enloquecido, no le ha afectado; pero hemos de estar prevenidos por si contrae esa enfermedad que los conviene en feroces asesinos.
- Reanudaron la marcha. «Chipper» se mostraba inquieto. El vehículo se elevó del suelo y se deslizó silencioso por las solitarias avenidas. Al pasar, pudieron ver algunos cadáveres humanos destrozados, gente sorprendida en la calle por la jauría o que había tratado de huir sin conseguirlo.De pronto, Troy efectuó un viraje brusco y se pegó a una casa.
- —¿Qué sucede? —inquirió Timothy, que, por su posición en la butaca, no tenía la misma visibilidad que Troy. —Una cosmonave invasora. —No es posible...
- Por el centro de la más amplia avenida de la metrópoli avanzaba despacio, suspendida en el aire, como

a unos tres o cuatro metros de altura, una cosmonave de color rojo oscuro, iba como atenta.De pronto, uno de los cañones de su torreta hizo fuego y brotó el rayo luminoso.Una casa se convirtió en una bola de fuego y poco después, al desaparecer la viveza luminosa, quedaron cascotes y cenizas.

○ —Volvemos a ser dos, Timothy —masculló Troy. —¿Dos?

○ —Si; la casa que han destruido es la de Shofert, con él dentro.

○ —No entiendo nada.

○ —Pues has de empezar a comprender, esa nave invasora es de Rein.

○ —¿Una cosmonave de Rein?

○ —Sí. Deben de tener noticias del desastre, de la tragedia que ha ocurrido aquí por sorpresa o quizá la han provocado ellos y han venido para acabar con los pocos vivos que quedamos.

○ —¿Quiere decir que están buscando las casas donde pueda haber alguien vivo?—Eso me temo y, si nos descubren, seremos cenizas en pocos segundos.

○ La gran nave pasó de largo sin descubrirles.—¿Qué haremos? Esto es una invasión en toda regla.

○ —El comandante Donaldson temía la invasión de Fowkak y el tiempo le ha dado la razón. Los reinícolas de Fowkak han caído ya sobre el planeta Cobert 14.

○ —¿Vienen por el cliptonium?

○ —Seguro. Y si se hacen fuertes aquí y se apoderan de nuestros propios sistemas defensivos, nuestras cosmonaves no podrán recuperar lo que nos arrebaten.

○ —¿Y qué podemos hacer ahora?

○ —No lo sé, pero con un vehículo como el que conduzco no podemos enfrentarnos a las cosmonaves reinícolas. Son naves de combate que pronto se abastecerán de cliptonium y su poder y radio de acción aumentará.

○ —Estamos perdidos.

○ —Creo, Timothy, que a partir de ahora hemos de luchar a la desesperada. Lo malo es que se acerca una nave terrícola con gente a bordo. Si nadie lo remedía, llegará aquí y puede ser destruida por las huestes de Fowkak.

○ —¿Tenemos alguna forma de impedirlo?

○ —Sólo yendo al centro de telecomunicación para

enviar desde allí un mensaje de alarma. Esa nave que llega tendría que dar media vuelta y avisar a nuestras fuerzas milicianas, que se encuentran en las colonias más próximas a este planeta, y que vinieran aquí para combatir a Fowkak.

—Entonces, vamos, ¿no?—Sí, hay que intentarlo.

Se separó de la protección que le brindaba la casa y, buscando las calles más estrechas, se dirigió al centro de telecomunicación que se hallaba junto al astropuerto. Por el camino pudieron ver otras casas que estallaban.

—No quieren dejar a ningún terrícola vivo —masculló Troy—. Supongo que a los que estén desperdigados por el resto del planeta seguirán buscándolos hasta que no quede nadie.

—Eso es un exterminio total de la colonia.

—Me temo que es lo pretenden. Ahora tienen todos los ases a su favor y todo por los perros. Es increíble, el enemigo en casa, al lado de uno, mirándole...

Troy detuvo a su vehículo entre unos setos antes de proseguir.

—¿Qué sucede?—Me temo que lo peor.

Conectó la telecámara y con el mando a distancia maniobró en el objetivo telescópico. Dentro del vehículo, en la pantalla del salpicadero, pudieron ver el centro de telecomunicaciones, junto al astropuerto.

—¡Son naves de Rein! —exclamó Timothy Hage. —Sí, han llegado, ahí tenemos a dos y los perros... ¿Cuantos perros habrá alrededor del centro?—No lo se, parecen cientos.—Sí, eso mismo opino yo. No nos podemos acercar sin llamar la atención.—¿Y ellos no le hacen nada?—Posiblemente, no; lo que me hace sospechar que los reinícolas de ese imperialista Fowkak tiene mucho que ver con lo ocurrido con los perros.—¿Cómo han podido enloquecerlos?—No lo se. Quizás nunca lo averigüemos, pero el caso es que no podemos acercarnos. —Se desahogó con un largo y profundo suspiro—. Lo malo es que no podemos enviar un mensaje a los que vienen hacía un fatal destino.—Desde las cosmonaves se pueden mandar mensajes.

—«Chipper» ladró al ver los perros en pantalla.

—Tranquilo, no te pongas nervioso —le pidió Troy, dándole unas palmadas cariñosas en el lomo.—Si pudiéramos llegar a una de nuestras cosmonaves, escaparíamos y daríamos la alarma general.

- —¿Una sola cosmonave contra la flotilla de las huestes de Fowkak? Sería un suicidio. Tampoco podemos quedarnos cruzados de brazos.
- —Es que no lo haremos. —
¿Tienes algún plan?
- —Todavía no. Hay que meditar y averiguar qué es exactamente lo que ocupan y si nos movemos con el AHC terminarán por detectarnos con su radar. —¿Será mejor movernos a pie?—Creo que si. Esconderemos el vehículo y tú puedes descansar dentro.
- —No, no quiero quedarme sin hacer nada. —No será sin hacer nada, será el punto de observación. Este AHC, como has visto —le explicó—, tiene un buen televisor con objetivo telescópico. Vigilarás el astropuerto y el centro de telecomunicaciones. Yo, de cuando en cuando, me comunicaré contigo con un microteletransmisor que me llevaré.
- —¿No captarán el mensaje?—Es posible, pero hablaremos en clave, sin mencionar nombres ni situaciones. Tú, que eres cosmonauta de caza, me entenderás. —Sí, claro.—Yo, con mi perro, trataré de buscar algún lugar por donde poder filtrarme al astropuerto.—Los perros le atacarán.—«Chipper» me avisará cuando venga uno y unos ladridos se confundirán con otros. Los reinícolas no distinguirán si los ladridos de mi perro son enemigos o no. —¿Y si cae, capitán? —No soy capitán.
- —Ahora sí, le guste o no. Va a intentar recuperar lo que han invadido los reinícolas.
- —Qué más quisiera yo, muchacho.—Por lo menos, tratará de dar la alarma general.—Eso si que intentaré conseguirlo.
- Minutos después, armado y provisto de cuanto consideraba indispensable, acompañado de su fiel perro, el único que al parecer no había enloquecido en la colonia terrícola del planeta Cobert 14, Troy Silvers se alejó de su vehículo dejando en él a Timothy Hage, que, dentro de sus circunstancias, haría lo que pudiera por ayudar. La situación seguía siendo desesperada y ambos lo sabían.

- ◦
  ◦ CAPITULO V
  ◦ La cosmonave terrícola cruzaba veloz los espacios siderales. Ya se había adentrado en el sistema estelar en el que giraba y giraba Cobert 14, el planeta prohibido para los niños, el paraíso de los perros como habían dicho otros.
  ◦ La cosmonave transportaba suministros varios.
  ◦ Poseía diez camarotes para posibles viajeros, que iban ocupados por otras tantas muchachas que al finalizar óptimamente sus estudios habían recibido del estado federal un premio, un viaje que ellas habían escogido al planeta Cobert 14 para visitar a sus padres, de los que habían estado largo tiempo separadas.La cosmonave tenía una dotación de ocho cosmonautas, lo que sumaban un total de dieciocho terrícolas que se acercaban al planeta Cobert 14.
  ◦ —¡Ya lo tenemos! —exclamaron las muchachas que llevaba tanto tiempo de largo y siempre peligroso viaje interestelar.
  ◦ La redondez del planeta era ya visible en las pantallas. El comandante de la nave estableció conexión con el planeta Cobert 14.
  ◦ —Dentro de una hora quince, tomaremos contacto, no orbitaremos.
  ◦ —Adelante —respondieron desde el centro de control, añadiendo—: Tenemos averías de telecomunicación, pero hay vía libre.
  ◦ La voz no se había oído muy bien, pero el permiso estaba claro. Nadie sospechó nada de aquella voz, que semejaba gargarizarte y profunda.La cosmonave comenzó a reducir velocidad con sus retrocohetes. Se introdujo en la estratosfera del planeta con suavidad y se hundió en la atmósfera en dirección al astropuerto que el comandante parecía conocer muy bien.Abajo, todo estaba en orden. Había varias cosmonaves estacionadas, aguardando una próxima partida. Algo más lejos, una flotilla de cosmonaves milicianas; no había por qué sospechar ni temer nada anormal.La nave se detuvo. Se abrieron las compuertas y apareció una larga rampa descendente. Varios vehículos se aproximaron a la rampa.De súbito, las portezuelas se abrieron y varios seres extraños saltaron por ellas.
  ◦ Corrieron por la rampa y se introdujeron en la nave.

Iban armados y lo que sí era evidente es que no eran terrícolas.

○ —¡Reinícolas, reinícolas! —gritó un servidor de la cosmonave recién llegada.

○ Una de las armas habló con su penetrante silbido y un destello salpicante brotó del cuerpo del terrícola alcanzado, que cayó fulminado.

○ —¡Entregaos, entregaos! —gritó el comandante de la patrulla de asalto.

○ El comandante de la cosmonave terrícola consiguió hacerse con un arma corta y disparó, abatiendo a dos de los hombres del emperador Fowkak; mas, por contra, él recibió tres disparos, que le abatieron irremisiblemente.Las muchachas levantaron sus manos. Se hallaban todas en la antesala, a punto de salir, ya vestidas para saltar al suelo y recibir a sus familiares.

○ Los milicianos del emperador Fowkak mostraban una actitud sumamente agresiva y no dudaban en utilizar sus armas.

○ De la dotación, sólo cuatro terrícolas quedaron vivos.

○ Registraron la nave, buscando por si quedaba alguien oculto. Dispusieron una guardia en la cabina de mando y a la entrada de la cosmonave.—Terrícolas —les habló el reinícola que había comandado el abordaje a la cosmonave—. Sois prisioneros del imperio de Rein. Cualquier actitud belicosa o indisciplinada por vuestra parte tendrá como respuesta la muerte inmediata.Las diez muchachas, entre ellas Soniria, asustadas, atemorizadas, con las manos en alto, descendieron por la rampa. Jamás habrían podido suponer que tendrían un recibimiento semejante.Ya pisando el suelo firme del astropuerto, el comandante de los reinícolas miró a los cosmonautas uno por uno. Escogió al más joven y que le pareció más vigoroso.

○ —Tú.—¿Yo, qué?

○ —Tienes veinte segundos para correr. —¿Veinte segundos?

○ —Sí, los suficientes para escapar a mi arma. Si no corres o te caes, te dispararé. —Es que yo... —Uno, dos...

○ El joven cosmonauta miró con angustia a sus compañeros y a las muchachas. Apuntado por las armas, echó a correr.

○ Le vieron alejarse hacia uno de los lados del astropuerto cuando, de improviso, apareció una jauría de

perros que le persiguió dándole alcance, saltando sobre él con sus colmillos ansiosos de sangre.

- —¡No! —gritó una muchacha, desmayándose y siendo sostenida por sus compañeras.
- —¡Qué horror, qué horror! —exclamó Soniria en voz baja.El joven quedó destrozado por los perros en cuestión do segundos.
- Las bestias se repartieron sus despojos y el suelo quedó teñido en roja sangre terrícola.— Ya habéis visto lo que le ocurre al terrícola que trata de escapar. Por todo el planeta hay jaurías de perros terrícolas que actúan como los que acabáis de ver.Lo que estaba ocurriendo era demasiado para admitir que fuera cierto. ¿Qué habría pasado?Si los reinícolas habían invadido la colonia terrícola y ahora estaba en su poder, ¿qué había sido de los terrícolas de la colonia? ¿Por qué los perros estaban como locos y les atacaban? Demasiadas preguntas para hallar respuesta en aquellos momentos de horror.Los reinícolas tenían un aspecto humano; en general eran como los terrícolas, aunque había detalles que les diferenciaban. La mayoría de ellos tenían una estatura un poco más baja que la media terrícola, pero eran más fornidos.La piel de todo su cuerpo se hallaba recubierta de un pelo corto y suave, azul grisáceo. Su boca era más alargada y los ojos, más grandes, con las cejas muy pobladas.Para un terrícola, aquellos seres tenían mucho de animal y su voz sonaba profunda y gargarizante cuando hablaban la lengua de la Confederación Terrícola.Introdujeron a los prisioneros en un amplio vehículo y se los llevaron del astropuerto. Todo estaba controlado.—¿Dónde están los terrícolas? —preguntó uno de los cosmonautas.—El planeta Cobert 14 es nuestro ahora, no hay terrícolas aquí.
- Soniria replicó:—Nosotros somos terrícolas y estamos aquí.
- El reinícola no se molestó en contestarle. El vehículo seguía su marcha hacia el centro de comunicaciones. Allí, por su amplitud, se había instalado una especie de sala imperial y en la mejor butaca que se había podido encontrar se hallaba acomodado el ser más poderoso del planeta Rein.
- Los prisioneros fueron empujados hacia adelante.

- ¡Arrodillaos! —ordenó el comandante que les llevaba.

- En principio, los terrícolas se resistieron. El comandante de la patrulla reinícola golpeó en la nuca de uno de los cosmonautas con la culata de su arma y lo tumbó de bruces, dejándole inconsciente.
- —Arrodillémonos —dijo otro de los cosmonautas—. ¿Qué más da?
- La muerte les rondaba y así acababan de comprenderlo.
- —Terrícolas, soy Fowkak —dijo el ser del trono que hasta aquellos momentos había permanecido en silencio, observando.

- ¡Asesinos! —gritó Soniria.

- Nadie se movió. Fowkak tardó en responder y lo hizo con la suficiencia de quien se sabe el más poderoso.
- —Los terrícolas destruisteis a mis mejores cosmonautas. — Fue una guerra que todos damos ya por olvidada —contestó uno de los cosmonautas.
- —Los derrotados jamás olvidan —sentenció Fowkak.
- —¿Dónde están los terrícolas de aquí? —inquirió el más viejo de los cosmonautas que quedaban vivos mientras las muchachas se encogían, presas del miedo.
- —No hay más terrícolas aquí que vosotros.
- Dos muchachas lanzaron grititos de espanto y dolor. Soniria balbució:
- —¿Han matado a mi padre?—¿Quién era tu padre, bella y dulce terrícola?—El comandante Jacobo Donaldson.
- —¿El jefe de las milicias cosmonáuticas terrícolas en Cobert 14?
- —Sí.
- —¿Cómo te llamas? —Soniria.
- —Bien, Soniria, tu padre ha muerto como los demás.

- ¡Asesinos! —escupió la joven.

- Fowkak, sarcástico, puntualizó:—No fuimos nosotros.— ¿Quien fue, entonces?— Los perros. —Y lanzó una carcajada.— No es posible, no puedo creerlo.
- —Puedes creértelo, muchacha, fueron los perros, el más grande de nuestros descubrimientos. Estuvimos buscando cuál podía ser vuestro punto débil, vuestro talón de Aquiles como soléis decir y al final lo encontramos. Conseguimos el medio de someter y enloquecer a los perros. A través de vuestras emisiones televisadas y de radio, enviamos nuestras señales que se mezclaban con vuestras ondas. Todos los perros debían estar en las casas o en cualquier parte donde se pudiera escuchar un

programa de televisión o radio y el sistema funcionó. Enloquecieron y asesinaron a sus amos. Nuestros potentes mensajes supraultrasónicos, mezclados con las ondas de radio y televisión y reconvertidos en los propios receptores sin que los amos de los perros se dieran cuenta, actuaron filtrándose en los cerebros de los animales, dominándolos de tal forma que ya no reconocieron la fidelidad.—¿Y a ustedes no desean asesinarles también? —inquirió Soniria.—A nosotros nos temen. —Y volvió a reír—. Como en adelante nos temerán todos los terrícolas. Hemos conseguido la primera victoria sin perder un solo hombre.

- —Habéis perdido dos en la cosmonave —le rectificó uno de los cosmonautas.Fowkak miró al jefe de la patrulla de abordaje y éste explicó:
- —Un terrícola armado disparó antes de que pudiéramos evitarlo.
- —Bien, bien, después de todo, no es mucha pérdida. Hemos aniquilado a toda la colonia, nos hemos apoderado de vuestras naves, de vuestros suministros, y, lo que es más importante, del cliptonium, y ahora ya lo tenemos. Esta vez no seremos derrotados porque hemos sabido esperar y armarnos para la gran y definitiva batalla. Será el exterminio de los terrícolas.
- —¡No lo conseguirán, no lo conseguirán!
- —Nadie podrá impedirlo —dijo Fowkak, y el fulgor de sus ojos verdeamarillentos aumentó. Luego añadió—: Lleváoslos.—Ya lo habéis oído, en marcha —dijo el que les había conducido a la sala.
- —Espera... Que se quede Soniria.
- Dos milicianos de Fowkak retuvieron a la joven y la apartaron de los demás.
- — ¡No, no quiero ir con ellos! —gritó Soniria.
- Los separaron a viva fuerza, nadie pudo impedirlo. Soniria no tenia fuerza física suficiente para rebelarse contra los milicianos que la sujetaron por los brazos.—No le asustes, joven y bella terrícola, todavía no te van a ejecutar.
- —¿Todavía?
- —Si, eso, todavía; claro que todo depende de ti —le dijo Fowkak abandonando su butaca y caminando hacia ella.A Soniria le pareció un ser monstruoso pero inteligente, tan bestial como astuto. Era más alto que el promedio de los de su especie y su abundante y largo cabello grisazulado estaba como más canoso.Hablaba con gestos enfáticos y en ocasiones violentos para dar más fuerza a sus palabras, a sus ideas.—Tengo poder de vida y muerte sobre vosotros, los terrícolas, y también sobre

los hijos de Rein.—Si ha matado a mi padre, también puede disfrutar asesinándome a mí. ¿A qué espera?—Eres joven, hermosa y creo que inteligente también. ¿Qué ganaría con matarte a ti ahora? Tengo control absoluto sobre este planeta, que es lo que me interesa. Me he apoderado de todo el sistema defensivo, de modo que si una flotilla de milicianos terrícolas tratara de recuperar la colonia, los atomizaríamos antes de que pudieran evitarlo. Cobert 14 es mío ahora, ya tengo lo que quería, cliptonium en grandes cantidades. Dentro de poco, poseeré la flota de combate espacial jamás imaginada. ¿Y quién podrá vencerla? Nadie, absolutamente nadie. Aplastaré a todos los planetas que no se sometan a mi imperio.—No le será tan sencillo exterminar a los terrícolas porque no nos someteremos. —Es posible que sea un poco difícil, pero nadie podrá impedirlo. Sólo nos faltaba la energía y ya la tenemos. Admitiréis que somos más astutos que vosotros, cuando precisamente los terrícolas habéis presumido siempre de astutos.

- —Usted verá el fin de los de su especie.—No lo veré porque eso no llegará jamás.
- Fowkak sonrió. Ahora ya no tenia deseos de reír con fuerza, observaba a Soniria con mucha atención.La terrícola rubia, espigada, bien formada de piernas, caderas y pechos, con un rostro hermoso, le atraía por su belleza y también, en parte, por su rebeldía.
- —¿Sabes cuántas mujeres tengo?
- —No, y no me importa —replicó Soniria, pensando que no entendía por qué el emperador de Rein cambiaba de tema.—Tengo las que quiero, las que me gustan porque soy el emperador.—Semejante sistema de gobierno desapareció en el planeta Tierra hace ya siglos porque ahora estamos más civilizados.
- —¿Ahora más civilizados? —se burló—. Cuando aparezca un terrícola con más fuerza de carácter que los demás, se impondrá y volveréis a tener emperador.
- —¡Jamás!—Soniria, me gustas.
- Al oír aquellas palabras, la muchacha retrocedió un paso. —¡Y además está loco!
- —¿Sabes que los científicos opinaron que la unión carnal entre un reinícola y un terrícola era factible?
- —¡Es imposible! —replicó ella, notando un escalofrío en el espinazo, un escalofrió que le hizo daño como lo que dedujo de las palabras de Fowkak.—Eso es lo que habéis repetido los terrícolas hasta la saciedad porque sois racistas y os creéis superiores.

- —¡Vosotros habéis fomentado el odio entre las dos civilizaciones! —acusó la joven.—La unión, y no me refiero a la de los pueblos, es fácil. Sólo hay que someter a la hembra y el resultado se verá al cabo de unos meses. Quién sabe, podría ser el principio de una nueva raza.

- ¡No!

- —Tú serás la primera.

- ¡No!

- Soniria siguió retrocediendo hasta encontrar la pared a su espalda mientras Fowkak avanzaba hacia ella y eran observados por los jerarcas de las milicias del imperio de Rein.—Te haré mi esposa, de forma oficial, no creas. Todo un honor para ti. ¿Qué más puede pedir una terrícola prisionera, una esclava que es lo que eres ahora?
- —¡No, antes muerta!
- —Qué estupidez. Lleváosla y tratadla bien —ordenó a sus milicianos.

- ¡Antes muerta! —volvió a gritar la joven mientras, cogida por los brazos, se la llevaban del centro de telecomunicaciones de la metrópoli donde el invasor Fowkak había instalado su cuartel general.

- ○ CAPITULO VI
  - ○ —¡«Chipper», quieto!

- La orden dada por Troy Silvers fue obedecida por el perro, el único que por lo visto no había enloquecido en toda la colonia, convirtiéndose en un matador de humanos terrícolas.
- Gracias a sus supramicroprismáticos, Troy observó a distancia el centro de telecomunicaciones.
- Había visto llegar hasta allí el vehículo furgón en el que fueran cargados los prisioneros terrícolas y ahora los veía salir. Había subido a la terraza de un alto edificio y desde su posición podía observar bien.
- El vehículo circuló por las calles vacías de la metrópoli.
- Los milicianos ya no circulaban con sus naves de combate. Habían desintegrado todas las casas que les habían parecido sospechosas de albergar a algún terrícola y ahora se mantenían concentrados en los puntos neurálgicos de la colonia, especialmente en los controles defensivos.
- En sus manos quedaba un inmenso poder de misiles bélicos interplanetarios de largo alcance, que podrían disparar contra cualquier formación de naves de combate que se aproximara al planeta Cobert 14.

- Todo aquel sistema defensivo tan sofisticado había sido creado para oponerse a una invasión de reinícolas y, paradójicamente, ahora lo iban a emplear los seres de Rein para impedir el acercamiento de los terrícolas, que tratarían de recuperar el planeta por todos los medios a su alcance, sin importar el precio de material y vidas.
- Vio introducirse el vehículo con los prisioneros en el Welcome Hotel.Era evidente que querían transformarlo en cárcel, y podían conseguirlo en pocas horas seleccionando algunas estancias en cuyas ventanas y puertas soldarían barrotes o instalarían barreras de alta tensión electroestática.
- Aún pareciendo ventanas o puertas franqueables, serían imposibles de traspasar para el que tratara de huir.Troy intuía todo aquello. «Chipper» miraba a lo lejos, pero estaba imposibilitado de ver todo lo que veía su amo con los prismáticos. No obstante, él oía más y su olfato también había que tenerlo en cuenta.Por ello, cuando emitió una especie de gemido y cambió de posición, Troy lo captó y miró hacia la puerta que daba acceso a la terraza.
- —No hay nada, «Chipper».
- El musculoso animal tornó a gemir, y no había miedo en su

actitud.

- —Veamos qué hay.
- Troy abandonó su posición; por el momento ya sabia dónde se hallaban los terrícolas prisioneros.Traspasó el umbral de la puerta, se acercó a la escalera y escuchó un ladrido lejano.
- —Los perros...
- «Chipper» le miró como si entendiera y volvió a mirar hacia abajo, como esperando a las bestias que actuaban como si se les hubiera inoculado la rabia, aunque lo que les habían hecho era atacarles el cerebro sin que nadie se percatara de ello.Se hallaban en el vestíbulo del edificio como si hubiesen olfateado su rastro.—Llevo un arma, «Chipper», no temas. —Mostró al animal su fusil incinerante y luego le pidió—: Pasa al ascensor.Dentro de la cabina descendieron al vestíbulo. A través de la mirilla de cristal, los vieron.—Serán una docena de perros, «Chipper». Ellos no nos van a impedir que salgamos de aquí.
- Al abrir la puerta del ascensor, los perros les descubrieron.
- Tras un instante de vacilación, aumentaron sus ladridos lanzándose hacia ellos.Troy disparó su arma. Los animales, alcanzados por el rayo incinerante, se convertían en una llamarada nívea, estallando en el aire sin tiempo para dar un último ladrido.
- «Chipper» se enfrentó temerariamente a dos de ellos.
- Uno era un pastor alemán; el otro, un bóxer Ambos tenían los ojos enrojecidos y lanzaban dentelladas en derredor.«Chipper» no se echó atrás y gruñía ferozmente. Consiguió alcanzar por rapidez y habilidad el cuello del bóxer mientras el pastor alemán trataba de desnucarlo.Troy Silvers le ayudó disparando a la cola del pastor alemán, que lanzó un aullido penetrante y salió corriendo a toda velocidad, faltándole media cola.El bóxer logró librarse de «Chipper», mas al alejarse fue dejando un reguero de sangre. «Chipper» hizo intención de seguirle.
- —¡Quieto, «Chipper»! — le ordenó Troy.
- Al llegar a la puerta, el bóxer se tambaleó y cayó, sacudiendo sus patas.Había comenzado su agonía y Troy no quiso que se prolongara, por lo que le hizo un disparo.
- «Chipper» había quedado quieto; sabia que tenía que hacerlo cuando Troy disparaba su arma, evitando así un accidente estúpido que podía acabar con su vida, pues el rayo incinerante era mortal de necesidad.
- Frente a ellos sólo quedaban restos de los animales, cenizas en varios casos.
- El vestíbulo apestaba y hacia el techo y la escalera había

ascendido una nube de humo.

• El que el encuentro con los perros se hubiera desarrollado dentro de aquel edificio, había sido una suerte, pues los reinícolas no descubrieron lo sucedido.

• Troy y «Chipper» se alejaron de aquel lugar donde habían vencido en su primer encuentro con los perros locos de Cobert 14.

• Lo más peligroso era ser descubiertos por los reinícolas.

• El objetivo de Troy Silvers era el hotel, aunque sabía que durante las horas en que la estrella solar iluminaba la metrópoli era más difícil acercarse sin ser visto y su posible éxito dependía de la sorpresa.En la puerta del Welcome Hotel montaban vigilancia dos milicianos y cuatro patrullaban en torno a la edificación; era muy posible que los milicianos lo considerasen innecesario, pero cumplían órdenes.Apostados entre unos setos y la pared de una casa, vieron pasar a un grupo de perros cerca de los milicianos terrícolas. Eran perros que habían dejado de ser amistosos; ladraban, aullaban, gruñían, pero Troy observó que aquellos animales no atacaban a los reinícolas. Siguieron su camino sin descubrir al terrícola Troy Silvers ni a su perro.

• —Esperaremos aquí a que se haga de noche.

• Troy conectó el microtelecomunicador que llevaba dentro del reloj y llamó:

• —Muchacho, ¿me oyes?—Si, oigo.—¿Cómo estás?—Bien.

• —Lo negro sigue a lo blanco, descansa. Cortó la comunicación con Timothy Hage por si era interferida.

• Transcurrieron las horas. «Chipper» se quedó quieto, había comprendido la intención de su amo. Troy, que llevaba consigo unas galletas compuestas, comió y metió algunas en la boca de «Chipper», pidiéndole luego:

• —Abre la boca.

• El perro, como si entendiera cada una de las palabras de Troy, abrió sus fauces armadas de hermosos y níveos colmillos. El hombre vertió dentro de ellas un chorrito de agua despacio, para que no se perdiera. El animal supo tragar moviendo la lengua; luego fue el propio Troy quien bebió.

• —No estará de más dormir un poco, «Chipper».

• Pese a lo difícil de las circunstancias, decidió aprovechar aquel tiempo para descansar, seguro de que «Chipper» le despertaría si alguien se le acercaba mientras dormía.Pasó el tiempo. «Chipper» no tuvo que intervenir y llegó la noche.—Ahora habrá que jugarse el todo por el todo, hay que liberar a los terrícolas y también obtener armas. Cuantos más seamos, más quebraderos de cabeza les proporcionaremos.Mientras, las

muchachas terrícolas habían sido separadas de los cosmonautas varones. Los vieron alejarse escoltados por los invasores del imperio Rein y en aquel momento todas temieron no volver a verlos más.

- —¡Es horrible! —exclamó Soniria, estallando en un sollozo.
- —No tenemos escapatoria —musitó Landa, la más joven del grupo.
- —¿Nos canjearán por otros prisioneros? —inquirió Tampshy, con su exótico rostro de oriental terrícola.
- —¿Por quién nos van a canjear, si los terrícolas no tenemos prisioneros reinícolas?
- Todas comprendieron lo que significaban las palabras de Soniria; no había canje posible.
- —¿Cuál será entonces nuestro destino? —preguntó Landa.
- —El emperador de estos reinícolas es un loco paranoico con la obsesión de la ambición y el mando. Quiere poseer todo el universo que consiga alcanzar con sus naves guerreras.
- Soniria dudaba entre si revelar o no el destino que las aguardaba, sin otra solución alternativa que la mismísima muerte.
- —Fowkak quiere que nos aparejemos con ellos.
- Al fin había soltado lo que tanto y tanto le dolía en la garganta y el efecto fue el que imaginaba. Todas se estremecieron, el miedo se apoderaba de sus cuerpos. Ninguna de ellas quería someterse a los deseos carnales de un reinícola, la de los asesinos de sus padres, seres de otro planeta, que tantas diferencias tenían con los terrícolas.
- —¿Estás segura de lo que has dicho? —inquirió Landa, temblándole los labios ante lo que creía una atrocidad, una bestialidad donde ella sería la víctima.—Sí, lo ha dicho Fowkak. Somos sus prisioneras; más concretamente, sus esclavas, y puede hacer de nosotras lo que quiera.
- —¡Yo prefiero morir! —gritó una de las jóvenes.—Yo también —sollozó Tampshy.—Es lo que le he dicho a Fowkak.—¿Y qué ha respondido él? —preguntó Landa.
- —Se ha reído. Se siente victorioso y muy seguro de sí. Nadie podía imaginar que invadiría el planeta Cobert 14, principal abastecimiento de cliptonium, de una forma tan sencilla, actuando a distancia por ondas sobre los cerebros de los perros y convirtiéndolos en asesinos de sus amos.La desesperación se apoderaba de todas ellas sabiendo que iba a ser casi imposible que nadie las rescatara de su situación; ignoraban que un terrícola andaba cerca con su perro, muy cerca, jugándose la vida.—«Chipper», mira aquel miliciano de la

puerta. Acércale con cuidado y atácale. Vamos, vamos.«Chipper» lanzó una mirada a su amo y se alejó de él, yendo hacia el hotel.

- Avanzó casi pegado a la pared.
- Troy Silvers había escogido al miliciano que controlaba la puerta de servicios. El reinícola descubrió a «Chipper» y le creyó un perro más de los que atacaban a los terrícolas, pero no a ellos, tal como se les había ordenado; para ello, utilizaban unas botas que emitían un determinado ruido ultrasónico, que alejaba a los perros de ellos.«Chipper» vaciló al captar aquel ultrasonido. Sacudió la cabeza, lanzó un gruñido y saltó sobre el reinícola, sorprendiéndole antes de que pudiera dar la alarma.Troy corrió hacia él. «Chipper» le mantenía la garganta atenazada, pero no se la había destrozado como hubieran hecho los otros perros, ya que Troy lo tenia adiestrado para atacar y sujetar a los humanos o humanoides de otros planetas, no para matar. Sólo mataría a perros o a otros animales.Troy Silvers descargó un terrible culatazo en el cráneo del reinícola. Después lo cogió por los correajes y lo arrastró hacia el interior del hotel.Acompañado de su perro, se introdujo por las dependencias del hotel. Algunos corredores estaban iluminados, otros no, y eligió los iluminados imaginando que serian los que habrían escogido los reinícolas para sus recorridos.

- Escuchó pasos. Tomó a «Chipper» por el collar y lo introdujo en una estancia que resultó un aseo. Cerró con sigilo y aguardó a que los pasos se alejaran tras cruzar por delante de la puerta. «Chipper» entreabrió sus fauces, mas no gruñó.
- —Ya está. Deben venir de donde están los prisioneros.
- «Chipper» le condujo hacia la cocina.
- ¿Qué olfateas, «Chipper»?
- El perro gimió y fue hasta el gran frigorífico.
- ¿Aquí?
- El animal arañó la puerta con sus patas delanteras.
- Troy Silvers abrió la puerta y se hizo la luz en el interior de la macrocongeladora.
- Lo que descubrió le dejó quieto, en suspenso, con la rabia oprimiéndole el cuello como un collar de acero que apretara más y más. No podía respirar mientras un dolor intenso se desparramaba por todo su cráneo.
- Criminales, lo pagaréis.
- Los cuatro cosmonautas terrícolas colgaban de ganchos, cogidos por una soga al cuello que les había estrangulado mientras tenían las manos esposadas a la espalda y los pies alados.

- Colgaban como reses muertas. Su *rigor mortis* se había acelerado debido a la potencia congeladora del macrofrigorífico.
- Cerró la puerta, no deseaba seguir viéndolos.
- Recordó las palabras de Jacobo Donaldson respecto a Fowkak. Era un ser que no merecía ningún tratamiento humano ni de cordialidad. Era un invasor criminal, sin paliativos. No quería prisioneros, sólo terrícolas muertos. Esa era la forma para, según él, conjurar cualquier posible revancha por lo que estaba haciendo.
- Troy sabía lo que le aguardaba si era capturado y no se dejaría atrapar vivo. Si había que morir, lo haría luchando contra Fowkak y sus milicianos.
- —¿Y las chicas? —se preguntó.
- En el macrofrigorifico sólo había hombres.
- El perro salió de la cocina como si entendiera que había que seguir buscando y le llevó hacia el restaurante vacio.
- Lo cruzaron, pasando junto al gran *hall.* De lejos y de espaldas, vio a otros dos milicianos reinícolas.

- Sigilosamente, subieron por la escalinata y «Chipper» le condujo por el primer piso ante una puerta. Troy trató de abrirla, mas comprobó que estaba cerrada e imaginó que habría algún sistema de alarma conectado por si se abría.Optó por apartarse de ella y enfrentarse con la pared. Disparó su arma contra ella y no tardó en abrirse un boquete.Hubo algunos ruidos que imaginó despertarían las sospechas de los milicianos, por lo que había que actuar rápidamente.
- Al introducir la cabeza por el hueco, descubrió a las asustadas muchachas terrícolas. —¡Salid pronto, salid!
- Las muchachas, al principio desconcertadas, reaccionaron con rapidez. Soniria fue la primera en pasar a través del agujero y las demás la siguieron en la fuga.
- —¿Y los cosmonautas? —preguntó Soniria.
- —¡Hay que salir de aquí! —apremió—. ¿Dónde dejaron el furgón?
- —En el parking subterráneo —aclaró Landa.
- —¡Vamos, hay que escapar aprisa! —exclamó Troy cuando vio aparecer a los milicianos reinícolas armados.No dudó en disparar contra ellos, abatiéndolos antes de que pudieran contraatacar.Las muchachas no daban crédito aún a la aparición de aquel terrícola armado y acompañado de un perro que les facilitaba la huida. Todo podía ser un sueño, pero la voz de Troy sonó como un látigo.
- —¡Coged las armas de los invasores y al parking!

- Soniria tomó uno de los fusiles reinícolas y Tampshy la imitó cogiendo otra arma.

- ¡Pronto cundirá la alarma, hay que salir de aquí!

- Corriendo, descendieron al parking. Troy no tardó en divisar el vehículo furgón; abrió las portezuelas y se colocó frente al volante. Tras unas rápidas manipulaciones, consiguió ponerlo en marcha.—¡Todas arriba y si veis algún invasor, disparadle sin vacilar!—¿Y los cosmonautas? —insistió Soniria —. No podemos dejarlos aquí.

- Ya no se puede hacer nada por ellos. Los han ahorcado dentro del frigorífico —les contestó Troy.

- Hubo un instante de desánimo entre las jóvenes al conocer la terrible noticia, pero se recuperaron al ver cómo el furgón enfilaba hacia la salida.
- La puerta estaba cerrada. Troy detuvo el furgón, entreabrió la portezuela y disparó su arma, abatiéndola espectacularmente. Después el furgón AHC pasó por encima, saltando a los jardines del Welcome Hotel.
- Cuatro milicianos aparecieron en una esquina del hotel. Soniria se echó el fusil a la cara y disparó el rayo flamígero del arma reinícola.Tampshy, la oriental, la imitó y, sin que el vehículo que las transportaba detuviera su marcha, los milicianos fueron alcanzados de lleno.
- —¿Adonde iremos? —preguntó una de las muchachas.
- —Ahora hay que esconderse. Se van a poner furiosos cuando se enteren de la fuga.

- Dejó atrás la metrópoli y se dirigió adonde aguardaba Timothy Hage, el cual permanecía atenlo al receptor.

- —Timothy, ¿me oyes?—Sí.
- —Vengo con un furgón, no temas. Tú pon mi carro en marcha, ¿podrás?
- —Sí, seguro; me encuentro mejor.
- —Adelante, muchacho. Cuando pase junto a ti, sígueme. —De acuerdo.
- Se acercó a su poderoso vehículo. Soniria preguntó: —¿Cuántos sois?
- —Que yo sepa, sólo un cosmonauta de la milicia y yo.
- No era mucha la esperanza que les quedaba, pero, de momento, habían escapado y Fowkak no podría llevar a cabo los planes que tenía para ellas.Troy eligió como escondite el

valle donde encontrara la cueva del oro. Introdujeron los vehículos entre las rocas para que no fueran detectados desde algún observatorio orbital y las muchachas, al entrar en la cueva, desahogaron su tensión, unas riendo y otras sollozando. —Tranquilizaos, chicas. Agua no nos falla y la comida, si sabemos repartirla, nos durará algún tiempo. Ahora hay que dejar pasar la furia de Fowkak, que hará que nos busquen.

- —¡El chico está herido! —exclamó la jovencísima Landa.
- —Pero vivo todavía —dijo Timothy, irónico—. ¿No es cierto, capitán Silvers?
- —No soy capitán —le corrigió por enésima vez.
- —Entonces, ¿quien se hace cargo de la ofensiva de resistencia a los invasores? ¿Las chicas, yo que estoy herido...?
- Todos los ojos femeninos convergieron en Troy Silvers, todos excepto los de Landa, que continuaron clavados en el joven Timothy Hage.
-

•

• CAPITULO VII

• Fowkak, que dormía en su nave insignia, guía y control de su flota cosmonáutica de guerra, se despertó por la señal de alarma que se encendió sobre su cabeza.Se revolvió en la cama y se incorporó hasta quedar sentado. Todo el pelaje que cubría su cuerpo quedó a la vista. Sus ojos grandes, su cabello algo cano y azul grisáceo, sus mandíbulas alargadas, como de can terrícola; no, no era la suya la mejor visión que una mujer terrícola podía tener al despertarse.

• Se volvió hacia el televideocomunicador y lo conectó.

• Apareció la imagen de Zasgoll, su jefe de seguridad. Su semblante revelaba preocupación e inquietud; se daba cuenta a lo que se enfrentaba, pero no cometería el error de ocultárselo a su emperador, ni siquiera demoraría la comunicación de las malas noticias.—Majestad... —dudó unos instantes y la voz bronca de Fowkak le apremió, como era bastante usual en él.

• —¿Qué ocurre, algo con el cliptonium?

• —No, majestad, todo lo relativo al cliptonium va bien. En cuanto lleguen las cosmonaves cargueras enviaremos la primera partida de cliptonium a nuestro planeta Rein para aprovisionar las naves de guerra que ya tenemos listas.

• —¿Entonces?—Las terrícolas, majestad.

• —¿Qué pasa con ellas, lloran? Las terrícolas son muy alicionadas a llorar, pero se les pasará y si no, unos cuantos voltios en el cerebro para que entren en razón. Bueno, a la llamada Soniria no le toquéis el cerebro.—Es que se han fugado, majestad —dijo el jefe de seguridad, esperando la explosión de ira por parte del emperador Fowkak.

• —¿Quéee?

• —Suponemos que han recibido ayuda para la huida. —¿Ayuda, cómo, de quién? ¡Hemos exterminado a todos los terrícolas!

• —Parece que no ha sido así, majestad, quedan dos. —¿Dos?, ¿seguro?

• —Así es, majestad. Cuando menos, hemos captado unos mensajes cruzados entre ellos. Al principio, pensamos que se trataba de una grabación automática, nos han sorprendido.

• —¿Han podido localizar la situación?

• —No, majestad. Los mensajes han sido muy cortos y han llegado por sorpresa, no ha habido posibilidad.—Quiero la captura inmediata de esos dos terrícolas supervivientes de nuestra invasión. ¿Lo has entendido bien, Zasgoll? ¡La captura inmediata!—Estamos buscándolos, majestad. Ha sido un ataque

por sorpresa, sospechamos que llevan un perro consigo.

- —¿Un perro?
- —Si, un perro que no debe haber quedado afectado por nuestra orden ultrasónica de matar.—¿Cómo es posible? Hemos repetido esa orden hasta la saciedad y por todos los medios.—Lo ignoramos, majestad. Han huido en un vehículo furgón.
- —Está bien. Que los observatorios orbitales les detecten, un vehículo será fácil de seguir.
- —Es lo que estamos haciendo desde el primer momento, majestad.
- —¿Y ya lo han detectado?—Todavía no, majestad.
- —Quiero la máxima celeridad. Todos los medios dispuestos para descubrirlos y capturarlos; los quiero vivos a todos, especialmente a las chicas.
- —Así se hará, majestad, pero van armados.—No importa.—Ya hemos tenido unas cuantas bajas, ellos tiran a matar.
- —Acosadles, cercadles, luego me llamáis. Les haremos salir de su escondrijo, hay que encontrarlos. Unos terrícolas vivos son un peligro potencial muy grave. Se convierten en guerrilleros y saboteadores con mucha rapidez. Saben actuar individualmente y en pequeños grupos, repito que son muy peligrosos.—Los buscaremos y los encontraremos; al mismo tiempo, montaremos un cerco en torno a la metrópoli y los centros más importantes para prevenir sabotajes.—Si, será mejor. Por cierto, y la alarma de la puerta de las prisioneras, ¿qué pasó con ella?
- —No abrió la puerta, majestad.—¿Ah, no? ¿Salieron por la pared?—Así es, majestad.—¿Cómo?
- —El terrícola que las liberó agujereó la pared con su arma y también abatió la puerta grande del parking. No sabemos cuántos eran, pero parecen violentos y temerarios.—Ya he advenido que son muy peligrosos, en solitario o en pequeños grupos. Ah, y tripliquen la guardia en torno a la cosmonave insignia. No quiero despertar encontrándome a un terrícola al pie de mi cama; sería ya el colmo.
-
- * * *
- —¿Crees que nos habrán detectado? Dos vehículos pueden ser captados por rayos infrarrojos desde una posición orbital. —Hubiera sido fácil en el caso de escapar por los viales conocidos; la ruta que hemos seguido es ignota, diría que he sido el primer ser pensante que ha pisado este lugar. Para descubrirnos a través de infrarrojos, el observatorio orbital debería ampliar su objetivo y entonces pierde sensibilidad. Para que el rastreo sea minucioso, hace falta tiempo, mucho tiempo, y nosotros ya

estamos ocultos bajo toneladas y toneladas de rocas que nos protegen.

- —¿Quiere decir que aquí estaremos a salvo? —preguntó Tampshy.
- —Sí, por ahora.—¿Hasta cuándo? —preguntó Soniria.
- —Lo ignoro, ni siquiera sé si saldremos vivos de esta aventura. Sólo se que lo mejor ahora es habituarnos a esta cueva y pasar unos días ocultos aquí. Ellos nos buscarán con mucho interés. Luego, poco a poco, relajarán la búsqueda y será cuando nos expongamos a salir de aquí.
- —¿Y adonde iremos? —quiso saber otra de las muchachas.
- —En la situación que nos hallamos, no tenemos posibilidad de regresar a la Tierra.—¿Y si consiguiéramos abordar una cosmonave y ponerla en marcha? —sugirió Landa, añadiendo—: Quizá llegáramos a escapar.—No —dijo esta vez Timothy Hage —. Antes de alejarnos de la ionosfera, ya nos habrían desintegrado con los misiles defensivos que nosotros mismos instalamos y que no hemos podido emplear contra los invasores reinícolas.—¿Vendrán nuestros milicianos a rescatarnos? —inquirió Tampshy.—Si vienen, deberán mantenerse a distancia —advirtió Timothy Hage.
- —Es cierto, el sistema defensivo les abatiría. Se ha vuelto en contra nuestra y parece que es muy efectivo mientras no se tengan perros cerca que lo puedan sorprender a uno.
- —Capitán, ¿cree entonces que lo mejor es esperar aquí a que se resuelva el problema por sí solo? —preguntó Timothy.
- —No. Aquí, tú te vas a curar, y, entre los dos, convertiremos a estas dulces muchachitas en expertas guerrilleras. Durante los días que nos mantengamos ocultos, trabajaremos y duro, os lo advierto. Después tendremos que salir a jugarnos la piel saboteando las instalaciones defensivas. Hay que destruir todo lo que se pueda, dar guerra sin cuartel a los invasores. Sólo saboteando sus naves de combate y esencialmente nuestro sistema defensivo, conseguiremos dar vía libre a la llegada de nuestras milicias cosmonáuticas.
- —Y ellos, ¿cómo sabrán que pueden llegar? —preguntó Soniria.
- —Alguno de nosotros habrá de llegar a una cosmonave terrícolas y lanzará el mensaje, por lo que todas deberéis aprender a enviar mensajes. Tim, ¿crees que podremos enseñarlas?
- —Claro que si, capitán, haremos un panel de telecomunicaciones simulado con piedrecitas. De este modo, al enfrentarse con un emisor real, todas sabrán lo que tienen que

hacer.

- Bien, Tim; tú te encargarás de esa enseñanza.
- De acuerdo.

- —Yo os mostraré el manejo de las distintas armas, aunque ya he visto que aprendéis sobre la marcha. También os enseñaré cómo sabotear las naves de combate y los edificios. Un objetivo principal, por supuesto, es Fowkak en persona. Ellos están acostumbrados a actuar por mandato; son muy disciplinados porque carecen de nuestro elevado grado de iniciativa propia e individualismo, que, si bien en un ejército no es muy bueno, en una guerra de guerrillas es ideal. Si destruimos la cabeza del monstruo que forman el conjunto de los invasores, les habremos vencido porque crearemos el caos entre sus filas. De todos modos, no voy a silenciar la realidad. Esto no va a ser ningún paseo; sólo somos un grupito reducidísimo para luchar contra un ejército de milicianos cosmonautas y, encima tenemos a los perros, que nos matarán a dentelladlas allá donde nos encuentren. Lo más probable es que no quede ni uno solo de nosotros.—A mi no me importa morir si he de evitar caer en manos de los reinícolas —dijo Soniria, fuerte y espontánea.
- —A mi tampoco —añadió Landa.Las demás se unieron a sus compañeras.
- —Bien, la decisión está tomada. También os digo que es posible que muramos sin haber conseguido nuestros objetivos. Ellos ahora estarán alerta, esperando que aparezcamos por los lugares más insospechados. Fowkak nos conoce, recibió parte de su educación en nuestro planeta, cuando había amistad entre la Tierra y el imperio del planeta Rein.
- —Por lo menos, lo habremos intentado —opinó Soniria.
- —Sí, eso: habremos luchado —añadió Tampshy—. Que no piensen esos invasores que caeremos sin luchar; no les tenemos miedo.
- Troy opinó:—Tim, creo que tenemos unas compañeras excelentes.—Si, pero son demasiadas mujeres para sólo dos hombres.
- Rió y, al hacerlo, sintió dolor en sus heridas, lo que le obligó a cambiar el gesto. La jovencísima Landa se preocupó más por él.
- —Quieto, quieto... ¿No ves que te duele?—Pero ¿tú entiendes de esto?—Un poco, soy estudiante de medicina.—Ahora, a comer. Soniria, ¿puedes venir un momento?
- La interpelada miró a Troy, interrogante, y le siguió, apartándose de los demás, pero quedando dentro de la zona

iluminada por las lámparas del equipo de buscador de yacimientos metálicos que poseía Troy Silvers.

- —Tú eras la hija del comandante Jacobo Donaldson, ¿verdad?
- —Si.
- —Yo recibí tu mensaje. —¿Mi mensaje?
- —Sí, el que enviaste a tu padre cuando ya os acercabais al planeta Cobert 14.
- —¿Mi padre vio el mensaje? —Desgraciadamente, no.
- —¿Le viste muerto? —preguntó, acongojada, humedeciéndosele los ojos.—Le cubrí con una manta, no podía hacer otra cosa y cerré las puertas para que no entraran esos malditos perros, que ahora estarán hambrientos.
- —¿Cómo, cómo murió?—Sin duda alguna, fue «Goliath».—Su perro, su enorme perro.
- —A todos les ocurrió lo mismo. Hasta pequeños perros atacaron a sus propietarios. Fue la sorpresa lo que les hizo vencer; en realidad, no podemos culpar a esos animales.
- —Lo sé; Fowkak en persona lo explicó.—¿Y qué fue lo que dijo?
- Soniria le repitió lo que dijera Fowkak respecto a las emisiones de radio y TTV.—Era de imaginar y, al mismo tiempo, lo que menos se podía sospechar.
- —¿Y «Goliath»?
- —Lo ignoro, supongo que andará por ahí con las jaurías de perros. Yo conocí a tu padre.
- —Lo sé, he visto fotografías tuyas junto a mi padre.—Yo te había conocido de pequeña.
- —Apenas te recuerdo, lo que sí sé es que papá me había hablado mucho de ti diciéndome que eras el mejor de los cosmonautas.
- —Tu padre era muy amigo mío, por eso se excedía al hablar bien de mi; no valgo lo que él suponía.
- —Decía que estaba seguro de que volverías a la milicia cosmonáutica y que terminarías siendo comandante general.
- —No me gusta el mando.—El mando es necesario —le respondió ella.—Hasta cierto punto.
- —¿Por qué hasta cierto punto?
- —El mando ha de ser sólo el aglutinante de los subordinados. Cuando el mando se convierte en un vicio, somete a los subordinados, les rebaja, degrada su dignidad. Desgraciadamente, esa clase de mando es la que más abunda.

Un oficial o un jefe superior debe darse cuenta de que tan ser humano es él como el soldado raso, que son iguales aunque él se considere superior y que no tiene por qué someter ni abusar de su jerarquía. Lo malo es que la mayoría se creen diosecillos cuando no son más que pobres diablos con pies de barro.—¿Y por qué no impones tú la disciplina y el mando? De la forma en que la ves y la razonas, darías ejemplo a los demás.—Soniria, es mejor que cambiemos de tema. Tu padre siempre me decía cosas semejantes; por lo que veo has salido a él.

- —Mi padre sabía mandar, ¿no es cierto?
- —Sí, era la excepción, porque la mayoría cree que sus subordinados son oligofrénicos o que poco les falta y, en realidad, ellos no se han mirado al espejo ni le han preguntado a su inmediato superior qué opinan de ellos.—Yo no entiendo muy bien de lo que hablas, sólo sé que papá te consideraba el mejor.
- —Después de él.—Pobre papá.
- Soniria estalló en sollozos sin poder contenerse más; ahora ya tenía la certeza de su muerte. Troy Silvers, su mejor amigo, lo había cubierto con una manta y cerrado luego la puerta de la casa para que los perros enloquecidos no devorasen su cadáver como debían estar haciendo con los demás, tantos y tantos restos humanos ensangrentados, muertos a dentelladas.

•

• CAPITULO VIII

• Zasgoll tuvo que presentarse en la nave insignia ante el emperador Fowkak, el cual, en aquellos momentos, se mostraba hermético y pensativo.

• —¡Majestad!—¿Los habéis encontrado?

• —Es doloroso para mí tener que comunicarle que todavía no les hemos descubierto.

• —¿Se los ha tragado la tierra? —Eso
parece, majestad.

• —Si se han escondido, deberán tener hambre. —Es de suponer, majestad. —¿Y agua?

• —Hay ríos caudalosos, majestad.

• —Sí, claro, hay ríos; pero obtener comida para ocho o doce personas no es fácil y el hambre es dura. No creo que decidan resistir sin alimentarse.—Los conocimientos que tengo sobre los terrícolas es que son capaces de subsistir comiendo raíces de plantas, pequeños insectos, larvas y otras cosas. En realidad, son más omnívoros que nosotros.

• —Sí, nosotros somos más carnívoros y ellos digieren mejor los vegetales. Eso les hace más aptos para resistir, como las ratas terrícolas.

• —Y los reptorroedores.

• —Sí, también. —¿Y su
perro?

• —No sé, majestad. Los perros son carniceros, pero los terrícolas les han acostumbrado a comer galletas y arroz.

• —Si, y si tienen hambre, se lo comerán a él.

• —No sé si serán capaces de eso. Los terrícolas son más sentimentales que nosotros, majestad.—Está bien, está bien. Que los sigan buscando, deben estar escondidos en alguna parte. Si se hubieran accidentado, ya los habríamos descubierto.—Así es, majestad; se están tomando fotografías de toda la superficie del planeta en muchas millas a la redonda.—Bien, bien. De todas formas, no pueden escapar del planeta; al final asomarán sus caras y les atraparemos. ¿Habéis dejado listas las trampas electroparalizantes?—Si, majestad; no las descubrirán hasta que caigan en ellas.

• —Espero que hayáis escogido bien los emplazamientos.
Bien, ¿qué más noticias me traes, Zasgoll? —Los perros,
majestad. —¿Qué pasa con ellos?

• —Son como salvajes; han formado pequeñas manadas, aunque hay un perro gigante que los domina a todos.

• —Sí, ya sé de qué perro se trata; es el que el comandante

Jacobo Donaldson tenía en su casa, un magnifico gran danés que creo se llamaba «Goliath».

- —Decía que podríamos alejar de la metrópolis a los perros en manadas de veinte o treinta y desperdigarlos lejos.
- —¿Para qué?
- —En realidad, como están hambrientos, formarían grupos de caza autónomos.
- —¿Grupos de caza? —Fowkak se tocó la punta de la aguda barbilla, pensativo.
- —Así es, majestad. Si alguno de esos grupos de perros detecta por olfato el rastro de los terrícolas, los seguirá hasta encontrarlos y darles caza. Y sí los terrícolas se defienden con armas, el calor que emitan con los disparos será captado por los satélites de observación orbitales.
- —Me parece bien. Agrupad entonces a los perros en manadas de dos docenas y dispersarlos.
- —Así se hará, majestad.
- —Ya nos han ayudado mucho, pero es cierto que todavía se les puede sacar provecho. Esos perros han probado ya la sangre de los terrícolas y no les costará nada volver a tomarla.En aquel momento, se encendieron unos pilotos y Fowkak conectó la pantalla. En ella apareció otro reinícola con las estrellas de su alta graduación miliciana.
- —¡Majestad!—Adelante.—Las naves cargueras están ya a sólo doscientas horas.—Aún es mucho. Ordene que aumenten la velocidad.
- —Mis informes son de que van a la máxima velocidad teniendo en cuenta que sus núcleos enérgico-propulsores son de plutonio enriquecido, muy inferior al cliptonium.—¡Que aumenten la velocidad! —ordenó tajante, como no queriendo saber nada de los problemas que causaba con su orden.
- —Así se hará, majestad.—Espera un momento.—Sí, majestad.—¿Qué hay del cosmoradar?
- —Mantenemos la detección de los objetos siderales no identificados.
- —¿Pueden ser meteoros de regular tamaño?
- —Aún no podemos definirlos con seguridad, se hallan muy lejos.
- —Que les hagan un análisis telespectrográfico. —Estamos tratando de hacérselo, majestad; pero debido a la distancia y al tamaño aún no se puede conseguir.
- —Bien. Cuando se consiga, quiero conocer de inmediato los resultados. Es muy posible que, sin que lo sepamos, haya funcionado una telealarma automática y las cosmonaves de

guerra terrícolas ya estén en camino.—Podría ser, majestad. Pero si vienen hacia acá, serán bien recibidas por los sistemas defensivos que ellos mismos instalaron.—Lo que no quiero es que las naves cargueras se retrasen. Han de llegar antes de que se produzca un combate sideral en el que nuestras naves cargueras pudieran salir perjudicadas. Si lo que viene, y que aún no hemos identificado, son naves de guerra terrícolas, atacarán a los cargueros.

- —Van escoltados por cosmonaves de combate, majestad.
- —Sí, cosmonaves de guerra propulsadas por plutonio. Ellos, con el cliptonium, alcanzarían una velocidad diez veces superior a la nuestra. Nuestras naves cargueras han de llegar antes. Y aquí, en el planeta Cobert 14, protegidas por los misiles, estarán a salvo y cuando hayamos terminado con esas naves de guerra terrícolas, podremos cargarlas de cliptonium y enviarlas de nuevo al planeta Rein para equipar nuestras cosmonaves bélicas. Entonces sí seremos los amos del universo.
- —Exigiremos mayor velocidad a los cargueros.
- —Eso espero o tendré que tomar medidas drásticas con las tripulaciones. Ah, antes de que se me olvide: al miliciano que capture viva y sin daño a la terrícola llamada Soniria, le ascenderé al grado de capitán.
- —¿Y si es capitán, majestad? —preguntó el controlador de las telecomunicaciones, cuyo rostro aparecía en pantalla en aquellos momentos.
- —A general, y que se divulguen mis palabras.Sin más, cortó la comunicación.
- Ahora, Fowkak sólo tenía que esperar; por sí mismo ya nada más podía hacer.
- Había dado las órdenes oportunas para que sus hombres actuaran de la forma más eficaz según sus planes. Estaba anhelante porque llegaran las naves cargueras y se pusieran a salvo de las naves de combate terrícolas, que, sin duda alguna, habrían de llegar para exigir cuentas de la invasión y de la matanza de todos los terrícolas de la colonia, todos menos dos.

-
- CAPITULO IX
- —Tim dijo que había descubierto oro. —¿Tim? —preguntó Soniria.
- —No, Tim, no —la corrigió Tampshy—. Fue Troy, pero se lo contó a Tim.Las dos muchachas, provistas de una linterna, se adentraron en la cueva hasta llegar al lugar donde el tramo se hacía muy peligroso, apenas un mal sendero resbaladizo pegado a la pared.Abajo, la sima; al fondo, el rio subterráneo, que engulliría cualquier cosa que cayera en sus tenebrosas aguas.
- —Yo no paso por ahí, me da miedo —dijo Tampshy.
- —Vamos, vamos, no es para tanto —la espoleó Soniria—. Ya somos guerrilleras terrícolas.—¿Guerrilleras por unas cuantas lecciones de milicianas? Al suelo, de pie, de rodillas, adelante, atrás, cuidado, fuego, fuego... —Imitaba las órdenes recibidas con marcada burla.
- Soniria echó a andar por el estrecho sendero.—Espera, Soniria; no me dejes sola.—Quiero ver el oro de Troy.
- —Es muy peligroso. Si resbalamos, será lo último que hagamos en nuestra vida.
- Soniria siguió adelante. Tampshy la siguió con miedo y muy vacilante.
- —Me caeré.—Si lo repites tanto, te vas a caer de verdad. —¡Aaaah! —¡Tampshy!
- Cuando Soniria se volvió, iluminando a su amiga, ésta ya había resbalado; pero, con instinto de conservación, se había tirado al suelo para evitar que la caída fuera más espectacular. De esta forma, había conseguido pegarse al suelo con todo su cuerpo.
- —¡Cógete, Tampshy, cógete!—¡Soniria, Soniria, no me dejes, no me dejes! —suplicó.
- Soniria soltó la linterna para tener las manos libres y se inclinó sobre su amiga, cogiéndola de la mano y de un brazo.—Muévete, vamos, muévete y sube como si fueras un lagarto.—No puedo —balbuceó temblorosa, mirando el oscuro abismo que semejaba una gigantesca boca que quería engullirla.
- —No mires abajo y muévete.—Sí, sí.
- Tampshy comenzó a moverse ayudada por Soniria, que estaba arriesgándose para salvar a su compañera.Tampshy logró salir de la difícil situación y, en el último esfuerzo, pasó su mano y parte del brazo por detrás de la espalda de su amiga, apoyándose en ella para llegar a la seguridad total, sin darse cuenta de que el equilibrio que estaba guardando Soniria para ayudarla era muy precario.

- —¡Tampshy!—¡Soniria!
- Soniria soltó a su amiga para no arrastrarla al abismo, dándose cuenta en un instante de que ella sí iba a caer al fondo.Tampshy quedó quieta, aterrada por lo que acababa de ocurrir. Más Soniria, que se había pegado a la pared, no bajó mucho, sólo unos metros, quedando cogida a un saliente.
- — ¡Soniria!
- —Tampshy, estoy aquí —dijo, clavando sus uñas en la roca húmeda.Tampshy tomó la linterna y la vio. Sintió miedo en su cuerpo y las rodillas se le algodonaron como si fueran a negarle el sostén.
- —Soniria, no puedo bajar a ayudarle.—¡Díselo a Troy, díselo!—Pero no puedo dejarte sola aquí...
- —Haz lo que te pido o caeré al fondo; no voy a resistir mucho rato en esta posición.
- —Tendré que llevarme la linterna.—No te preocupes, me quedaré a oscuras.
- Tampshy cogió la linterna y deshizo el camino hasta llegar al lugar escogido como guarida. Troy estaba preparando algo; debían ser artefactos explosivos para sabotear naves y edificios.
- —¡Troy, Troy!
- Todos miraron a Tampshy, interrogantes. —¿Qué pasa?— ¡Soniria, ayudándome a mi, ha caído al abismo! —¿Que ha cado al abismo?
- —Si, si; pero se ha quedado en un saliente. Hay que rescatarla.
- —¡Vamos, Troy! —exclamó Timothy de inmediato.— Aguarda, Tim; cojamos linternas y cuerdas.
- En un par de minutos prepararon el equipo y salieron en busca de Soniria, la cual resistía como podía, notando que su cuerpo resbalaba en la roca húmeda, desgastada por el agua que se filtraba a través de la tierra y las rocas.
- —¡Soniria!—¡Troy, me caigo!—¡Espera, espera!
- La iluminaron; ella se vio obligada a parpadear. Tim preguntó:
- —Si te lanzamos una soga, ¿podrás ponértela?—No, no creo. Si me suelto de manos, caeré al fondo.
- —Aguanta, Soniria —le ordenó Troy. Después, miró a Timothy—. Colócate tras aquellas roca de arriba, rodea la cuerda y yo descenderé.
- —¿Y luego, para subir?—Ya haremos un esfuerzo.
- Troy se sujetó con la cuerda, pasándosela por el cuerpo y rodeándose la espalda y la cintura. Comenzó a descender en *rappel;* había poco que bajar, sólo cuatro o cinco metros, que

eran suficientes.

- Desde arriba, las otras muchachas iluminaban con sus linternas. Troy dio un salto y pasó por encima del cuerpo de Soniria, abarcándolo con sus piernas y pegando sus pies contra la pared.
- —Ahora, Soniria, harás lo que te diga.—Sí, sí.
- —Primero, cógete a mis piernas; luego subes por mi cuerpo pegándote a mí como si me amaras mucho. ¿Comprendes?Ella obedeció pegándose a su cuerpo, cogiéndole, palpándole hasta asirse a su cuello.
- —Más arriba. —No puedo...
- —Si, colgada de mi cuello vas a alzar tus piernas y me rodearás por la cintura hasta quedar como montada sobre mis caderas.
- —Si hago eso, no podrás moverte.—Hazme caso.
- La muchacha subió sobre las caderas masculinas como a horcajadas, aferrándose fuertemente a él y notando que sentía deseos de besarle al tener su rostro tan próximo al de él.Era un deseo que había despertado súbitamente en ella, un deseo tan fuerte como jamás había sentido antes. Pegó su rostro contra el hombro y el cuello de Troy, notando las rítmicas palpitaciones de la sangre viril, que la hicieron estremecer.La postura en que se hallaba ayudaba a que se sintiera estremecida, olvidándose incluso del riesgo que ambos corrían. Cerró los ojos y el balanceo del cuerpo del hombre le hizo soñar en momentos que no deseaba que terminasen jamás.Troy Silvers, haciendo gala de una excelente preparación física, fue subiendo palmo a palmo con los pies pegados a la pared y soportando el exceso de peso que significaba el cuerpo de Soniria.Al fin, llegó al sendero entre las exclamaciones de júbilo del resto de las muchachas. Tampshy, al soltarse Soniria de Troy, se abrazó a ella y sollozando, le pidió:
- —Perdóname, perdóname.
- —¿Por qué? La culpa ha sido mía por arrastrarte al interior de la cueva.
- —Bueno, esto ha terminado. Si salimos vivos de esta aventura, ya os mostraré el oro. Dentro de pocas horas abandonaremos nuestro refugio. Ya estáis preparadas para la lucha y creo que debemos mantener una tertulia de amistad, de hermandad. Luego nos dividiremos en grupos para atacar nuestros objetivos y desgraciadamente es muy posible que después ya no volvamos a vernos vivos. Sé muy bien lo que significan mis palabras, no he querido ocultaros nada, no vais

engañadas a la lucha. Vosotras no sois milicianas, pero ahora se trata de la supervivencia de la especie de humanos terrícolas. Fowkak quiere invadirnos, esclavizarnos o eliminarnos. Aunque parezca increíble, nosotros, apenas sin armas, somos los únicos que podemos luchar contra el enemigo desde aquí. Hay que paralizar el ordenador que puede lanzar los misiles destructores contra nuestras propias naves. Cada uno de nosotros ha de valer por mil reinícolas; dicho así, puede causar risa, pero si actuamos con celeridad, por sorpresa, quizá consigamos algo y los que caigamos lo habremos hecho en defensa de la supervivencia de los humanos terrícolas. Si alguien teme a la muerte, puede quedarse aquí a salvo; nadie se lo va a reprochar. Quedará a merced de su destino.

Nadie dijo nada, todos estaban unidos. No cabía duda de cuál sería la actitud de todos ante la lucha; la muerte no les asustaba.

CAPITULO X

Sólo tenían cinco armas y eran doce.

Troy dividió el grupo en dos; Tim iba al mando de uno con cinco muchachas y Troy, al frente del otro con las cinco restantes.Dejó tres armas al grupo de Tim Hage; una la llevaba él, otra Tampshy y la tercera, Landa. Las otras chicas iban provistas de cuchillos y otras herramientas, además de ir cargadas con bolsas en las que portaban los anclados explosivos que Troy Silvers había ido utilizando para sus exploraciones en el subsuelo, artefactos que habrían de emplearse para sabotear las instalaciones de telecomunicación y esencialmente los misiles, además de combatir contra las cosmonaves invasoras.Troy entregó un arma a una de las muchachas; el cortador láser a otra y el demoledor supraultrasónico a Soniria, a la que había incluido en su grupo.

—¿A pleno día? —preguntó Timothy Hage, sorprendido.

—Sí, en pleno mediodía, a la hora en que la estrella sol del planeta Cobert 14 dé más calor.

Soniria inquirió:—¿Por qué?

—Seguro que nos están buscando con infrarrojos. El sol aquí es muy fuerte y las temperaturas muy elevadas en el suelo, en las rocas, por eso sólo sobrevive la flora que se halla protegida por las laderas de las montañas.

—Comprendo —dijo Timothy Hage—. Si hace tanto calor, los vehículos apenas serán detectables por el calor que despidan, ya que todo el entorno por donde pasemos reflejará una temperatura fuerte.

—Exacto. Precisamente, escogeremos el camino más seco, más pedregoso. Iremos separados y sólo nos comunicaremos en casos de suma gravedad. Ellos estarán preparados para interferir nuestras telecomunicaciones y hay que evitar que nos localicen.

—Les daremos el golpe —dijo Tampshy.

—Eso es lo que hay que desear. Llegaremos a la metrópoli y allí esconderemos los vehículos en lugares distintos y alejados el uno del otro; luego iremos a pie. Si los perros nos atacan, hay que exterminarlos, pero evitando ser descubiertos. Ya metidos en la metrópoli, aguardaremos a que llegue la noche.

—Con mi grupo me dirigiré al centro de control, dirección y teledisparo de los misiles.—Hay que inutilizarlos, cueste lo que cueste —les dijo Troy.

—Si hace falta, dejaremos la piel.

Timothy Hage era consciente de la responsabilidad que se le

había encomendado. Evitar que los misiles defensivos fueran disparados significaba que si se acercaba una flotilla cosmonáutica de guerra terrícola al planeta Cobert 14, no sería destruida automáticamente y podría luchar contra los invasores. —Mi grupo atacará el centro de telecomunicaciones para que los reinícolas pierdan el contacto con su planeta y también atacaremos a sus cosmonaves detenidas en el astropuerto. Una vez destruidas sus naves o alguna de ellas, intentaremos apoderarnos de alguna cosmonave terrícola con la que lucharemos más de igual a igual. De todos modos, si alguien cae, que los demás sigan adelante, sea quien fuere el que caiga. Lo importante es atacar y mermar las fuerzas del invasor.Todos comprendieron las palabras De Troy Silvers. No valían los sentimentalismos; al compañero o compañera caído, se le dejaría donde quedara y se seguiría adelante.Vencer a los reinícolas o, cuando menos, dejarlos en posibilidad de ser derrotados por la milicia cosmonáutica terrícola era lo importante.No había ya que dar más explicaciones, todos sabía lo que había que hacer.Los dos vehículos se pusieron en marcha; Timothy introdujo en el furgón a las cinco muchachas que habían de acompañarle y, por su parte, Troy Silvers se llevó en su vehículo AHC a las otras cinco y a «Chipper». El espacio dentro del cart era más reducido e iban muy apretados unos contra otros, incluido el perro.Troy Silvers puso al máximo la refrigeración y salió el primero para abrir camino. El vehículo de Troy poseía mayor capacidad de maniobra y velocidad, lo que podía ser necesario en un encuentro frontal con los reinícolas.Se elevaron tres pies del suelo y salieron propulsados hacia adelante. La pila de cliptonium les daba una gran autonomía y una velocidad nada despreciable.El sol del planeta Cobert 14, a aquella hora del mediodía, era cegador.Troy, oprimiendo un botón, colocó el cristal parabrisas para evitar el cansancio visual por exceso de contracción del iris de sus ojos.

- Nada se veía en el horizonte y nada detectaba su radar que pudiera estar en movimiento y constituir un peligro para ellos.
- —Mirad, ahí está la metrópoli —indicó Troy a las muchachas.
- Todas miraron a lo lejos, mas no vieron nada. —No se ve nada —objetó Soniria.
- Efectivamente, en la pantalla podían verse los primeros edificios d< la metrópolis.
- —Entraremos por el río.—¿Cómo?—Ya lo veréis.
- Troy, que previamente había trazado sus planes con Timothy, se dirigió al río. En vez de seguir hacia la metrópoli,

orillándolo, se introdujo en las aguas y avanzó por debajo de ellas.—Tenemos una reserva de oxígeno limitada; espero que no nos descubran antes de llegar al malecón.Todos quedaron en silencio. Dentro del vehículo AHC, se encendió la luz. «Chipper» gimió un poco y movió la cola, pero no hizo nada más.

- El rumor del motor del vehículo, sin embargo, se había hecho un tanto ensordecedor. Mientras, el sonar iba indicando a Troy Silvers cuáles eran los obstáculos con que podía encontrarse en el fondo del cauce del río.
- Timothy Hage había escogido otra ruta. Se dirigía al gran colector que servía de desagüe de lluvias torrenciales cuando éstas se producían. Un gran enrejado cerraba toda la salida del colector.Tim introdujo el vehículo detrás de un barracón de obras y pidió a las muchachas:
- —Al suelo; a partir de ahora, iremos caminando.
- Cargaron cuanto habrían de necesitar para los ataques de sabotaje que debían de llevar a cabo y dejaron atrás el furgón que les había transportado.
- Timothy Hage se enfrentó con el enrejado, rehuyendo la puerta por si estaba preparada para alertar a los invasores en el caso de abrirse. Subió por las rejas y escogió dos barrotes altos y laterales, que cortó con un pequeño láser que llevaba consigo.
- Una vez practicado el hueco, que a distancia no iba a ser fácilmente descubierto, pasó por él al interior del colector. —Ahora, vosotras.Se escuchó un gruñido, no demasiado lejano.—¡Los perros! —gritó Landa.
- Tampshy se revolvió con su arma y también Timothy colocó la suya entre los barrotes al ver que se lanzaba hacia ellos aquella treintena de perros, ladrando ferozmente.Las muchachas temieron que aquellas fauces se hundieran en sus carnes suaves y elásticas, mas las armas, ya prevenidas contra los canes enloquecidos, dejaron escapar sus rayos mortíferos y los animales fueron carbonizados con gran rapidez. Timothy vio la columna de humo, que no pudo evitarse, y pidió:
- —Vamos, rápidas, adentro, pueden descubrirnos.
- Las chicas treparon por las rejas y saltaron al interior del gran colector. Por lo menos, allí dentro no era fácil que los perros les atacaran.—¡Encended las luces! —pidió Timothy sin dejar de avanzar.
- Tenía un somero plano del alcantarillado principal de la metrópoli y esperaba no errar el camino. Sabía que una de las alcantarillas iba hacia su objetivo, el centro de observación, ordenación y teledisparo de los misiles que se hallaban en silos secretos distribuidos por toda la superficie del planeta Cobert

14, de tal modo que desde cualquier punto podía brotar un misil en dirección a una o más naves atacantes, sin tener que perder tiempo rodeando el planeta.

- Mientras, el AHC, pilotado por Troy Silvers, se acercaba al malecón fluvial.Asomó un pequeño periscopio de observación y descubrió tres vehículos con milicianos reinícolas, cerrando la entrada del malecón y controlando aquella zona.—¿Qué haremos? —preguntó Soniria, que los había visto también en la pantalla de televisión que el vehículo poseía en el salpicadero. —Nos colocaremos debajo del malecón y aguardaremos a que se haga de noche.
- Gracias al sonar, fue detectando las columnas de soporte de! malecón fluvial. Consiguió maniobrar sin rozarlas e introducirse debajo del propio malecón, entre la hilera de columnas de soporte, pegado a !a orilla.
- Hizo sobresalir el microperiscopio y en la pantalla del salpicadero pudieron ver lo que había en la superficie: el agua, que llevaba una corriente considerable que el silencioso motor del vehículo contrarrestaba; luego el techo del malecón y las columnas.
- —Creo que podemos emerger —opinó Troy, sabiendo que no podían permanecer mucho rato más bajo el agua.El oxigeno comenzaba a escasear; el vehículo no había sido ideado para tantos pulmones consumidores de oxígeno, seis seres humanos y un perro.Cuando llegó a la superficie, la parle alta del vehículo tocaba el techo del malecón, pero podían abrir las portezuelas sin que entrase el agua en el cart.
- Cerca de ellos, bien amarradas, había pequeñas embarcaciones deportivas que habían servido de solaz a los terrícolas residentes en la colonia, ahora invadida.
- —Mantened las puertas abiertas, respiraremos mejor y no habléis. Ellos están a pocos metros y podrían llegar a oírnos.
- Las jóvenes relajaron su tensión, ahora había que esperar.
- Cuando llegara la noche, saldrían a morir, matando si era preciso. Lo que no iban a dejar era que Fowkak llevara adelante sus planes ahora que se había apoderado del cliptonium ya extraído y de los grandes yacimientos que existían en aquel alejado planeta.

•

• CAPITULO XI

• —¡Majestad!Fowkak acababa de abrir el televideo para enfrentarse con su comandante general de observación y telecomunicaciones. —¿Hay resultados?

• —Sí, majestad. Las naves que se acercan son enemigas. — Entonces, ¿comprobado ya que no son meteoritos errantes?

• —Comprobado, majestad.

• —Era de esperar —sonrió—. Les ofreceremos un recibimiento que no esperan. Los ordenadores construidos por ellos mismos les convertirán en objetivos a desintegrar. Es de suponer que los misiles que se disparen sean efectivos y de gran fiabilidad. Los terrícolas siempre han sido maestros en la construcción de armamento bélico, sólo hay que estudiar su historial de guerra. Durante milenios no han cesado de matarse entre ellos hasta que, viéndose al borde del caos, decidieron firmar la paz eterna y unirse. Lástima, podían haber acabado el trabajo de autodestrucción... De todos modos, nosotros les ayudaremos con mucho gusto.

• —¿Los convertimos en objetivo de los misiles, majestad?

• —Naturalmente, y de inmediato. El propio ordenador, según la velocidad de aproximación del enemigo y la formación que lleven, dará el cálculo de dirección y el tiempo de disparo.

• —Nuestros técnicos han ocupado todo el centro de control, coordinación, ordenación y disparo de los misiles.

• —No admitiré un solo fallo. Los responsables, si los hay, serán desintegrados; exijo la perfección.

• —Se cumplirán sus órdenes, majestad.

• —Este es el momento para darles la gran lección a los terrícolas. Me hicieron mucho daño en la última batalla, pero ahora se lo devolveré con creces. Del emperador Fowkak no se ríe nadie. Por cierto, ¿cómo van nuestras naves cargueras?— Según los cálculos de velocidades de nuestras naves cargueras, escoltadas por la milicia, y la velocidad de las naves terrícolas que vienen hacia Cobert 14, nuestras naves llegarán cincuenta y tres minutos antes.

• Fowkak suspiró de alivio.

• —Espero que esos cálculos no fallen. ¿Existe la posibilidad de que las naves enemigas desvíen su formación de combate para ir en busca de nuestras naves cargueras?—Existe la posibilidad de que ellos lo hagan, majestad; pero no se producirá la intersección entre ambas flotas siderales. Nuestras naves cargueras llevan ventaja, aunque han enviado varios reportes de que los motores funcionan sobrecargados y que

pudiera ser que alguna de las naves sufriera avería y se viera obligada a detener motores y proseguir el viaje por inercia.—Mis órdenes son de que si alguna de nuestras cosmonaves se retrasa por avería, que quede atrás escoltada por un par de naves de combate. Las demás, que sigan su camino sin dilación.

• —Se cumplirán sus órdenes, majestad.

• Sin darle tiempo para despedirse, Fowkak tecleó de nuevo en su panel de mandos y apareció el rostro de Zasgoll, el comandante en jefe de seguridad, un reinícola duro, de mirada penetrante y maxilares afilados. Su cara tenía ya tanto aspecto de perro como de humano terrícola.

• —¡Zasgoll!—Majestad.

• —¿Qué hay de los terrícolas fugados? —Existen indicios de que uno o dos vehículos han cruzado la zona M a gran velocidad. —¿Indicios?

• —Sí, la película de infrarrojos no es de buena calidad. La zona M está recalentada por el sol; no obstante, se perfila un ligerísimo rastro que pudieran ser vehículos, aunque es muy difícil de confirmar. Si fuera de noche, estarían detectados y conoceríamos la ruta exacta.

• —Quiero confirmación.

• —Confirmaremos los datos, majestad; aunque es difícil, todo está muy borroso. —¿Y la película normal?

• —No podemos cubrir toda la superficie del planeta, majestad.

• —¡Excusas! —replicó, violento.

• Zasgoll, temiendo que la ira del emperador Fowkak fuera en aumento y en su contra, dijo: —Hemos visto humo, majestad.

• —¿Humo? —A Fowkak se le olvidó la protesta ante esta nueva información.—Así es, majestad, humo sobre la metrópoli; poco, pero ha sido detectado por nuestros sensores.

• —¿Algún incendio?

• —No, majestad. Se han hecho preguntas al respecto y, que se sepa, no ha habido ningún fuego.

• —¿Y a qué puede ser debido ese humo?

• —Lo ignoramos, majestad, puede haber sido fortuito. Los chalets y edificios están vacíos, pero los perros causaron destrozos. También puede haber sido provocado por los terrícolas que buscamos.

• —Sí, es una posibilidad. Que rastreen toda la metrópoli, especialmente calculando el viento y el lugar de donde pudiera provenir el humo. Quiero una respuesta a esa incógnita en un plazo breve.

• —Las patrullas ya recorren las calles de la metrópoli,

majestad, y los meteorólogos están calculando el humo y la posible trayectoria que ha seguido.

- —Bien, quiero resultados rápidos. Esos terrícolas deben estar escondiéndose como los reptorroedores; tienen pánico a ser atrapados. Y yo que les creía peligrosos... La verdad es que me equivoqué, claro que son diez hembras, es lógico que opten por esconderse esperando que vayan a rescatarlas, lo que no ocurrirá jamás. Ningún terrícola vivo volverá a pisar nunca el planeta Cobert 14.
- Se echó a reír, seguro de su triunfo. Todo le favorecía. Sus patrullas de seguridad recorrerían las calles, inspeccionarían las casas deshabitadas y terminarían por encontrarlos. Además, tenían los perros para ayudarles. Donde hubiera perros enloquecidos, era seguro que no habría ningún terrícola vivo.
- Abandonó su despacho, tenía deseos de caminar un poco.
- Había estado controlando todas las operaciones desde su gran despacho, cerebro de toda su flota de guerra cósmica.Le gustaba llevar el mando personalmente, pero como todo iba bien, pasó al salón. Allí tenía siete esposas, que se apresuraron a pegar sus cuerpos al suelo. El no les dijo nada; no era complacer su sexualidad lo que deseaba en aquellos momentos.
- Se dirigió a la rampa de salida.
- Una patrulla montaba guardia junto a la amplia puerta de la cosmonave de guerra insignia. Otros milicianos vigilaban en torno a ella.
- Todos se pusieron firmes al verle. Fowkak no les hizo el menor caso, estaba acostumbrado. Miró con sus grandes ojos hacia el exterior. El día moría y se acercaba la noche. Le agradaba ver directamente y no a través de pantallas el planeta que le iba a convertir en el primer emperador de la galaxia.

CAPITULO XII

Timothy Hage, consultando sus planos, fue recorriendo los interminables túneles de los colectores donde se acurrucaban los peligrosos reptorroedores contra los cuales tuvieron que disparar en varias ocasiones ante el número importante en que se agrupaban y la furia con que contaban.Los túneles y galerías se fueron haciendo más y más estrechos. Timothy había cortado ya varios enrejados que cerraban algunas galerías.Consiguieron llegar a una por la que se vieron obligados a entrar en fila india y agachados. Caminaban como si fueran patos, lo que se hacía muy pesado teniendo en cuenta la longitud del colector.Al fin, llegaron a una compuerta de acero que Timothy cortó con el láser. Pasaron a través de ella, ascendieron y en vez de continuar, se enfrentó con una escalerilla de hierro sujeta a la pared en vertical.

En lo alto había una trampilla metálica. Timothy sabía que debía tomar una gran decisión y ordenó más que dijo:

—Si abro la trampilla y me matan, dejad los explosivos listos para detonar y alejaos lo más rápidamente que podáis.

Timothy sabía que si dejaban los explosivos, las chicas no se iban a salvar. La onda expansiva y la térmica se propagarían por los colectores que de inmediato se convertirían en toberas de horno, alcanzando temperaturas de varias decenas de millares de grados Celsius.

Mas era la única probabilidad de conseguir algo. Si el edificio llegaba a sufrir algún derrumbe parcial, podían quedar inutilizados muchos de los cables que unían el detonador central con los paneles de control, de vigilancia, seguimiento y teledisparo. Y si se conseguía paralizar algo, habría valido la pena morir.

El pequeño cortador láser comenzó a seccionar la trampilla metálica de forma silenciosa pero efectiva. Al fin, el hueco de la trampilla quedó libre.Apuntó Timothy con su arma hacia arriba, esperando ver el rostro de algún miliciano reinícola; mas no vio a nadie y exclamó jubiloso:

—¡Vía libre, compañeras, arriba!

La noche había caído sobre la metrópoli, que semejaba dormida; sin embargo, todos allí estaban esperando una batalla que no tendría precedentes en la galaxia. Jamás los terrícolas habían sido vencidos por seres de otros planetas; ahora Fowkak se disponía a hacerlo gracias a su paciencia, a su astucia y a los científicos que habían elaborado y llevado a cabo el plan para enloquecer a los perros terrícolas que asesinando a sus amos les

dejaron vía libre para la invasión.

- —Vamos, afuera —pidió Troy Silvers.
- Las muchachas se pegaron a la pared del muelle abandonando el vehículo que seguía en el agua, bajo el paseo del malecón.Nada más asomar sus ojos, divisaron a la patrulla reinícola de vigilancia y, no muy lejos, al vehículo de transporte que servía a los milicianos para trasladarse de un lugar a otro.
- Troy se unió a las muchachas y pidió a su perro:—Corre y ladra; vamos, corre.
- «Chipper» saltó sobre el muelle y corrió hacia los milicianos, ladrándoles, lo que atrajo su atención. Ese fue el momento que aprovecharon Troy y las muchachas para sallar sobre el muelle.Troy y Soniria dispararon sus armas contra los invasores, que cayeron fulminados antes de poder dar la alarma. Habían sido sorprendidos totalmente.
- —¡Vamos, todos al vehículo!
- Corrieron hacia el vehículo de los milicianos reinícolas. Sus mandos eran muy distintos a los terrícolas, pero Troy Silvers, ex capitán de las fuerzas cosmonáuticas, había recibido enseñanzas relativas a los vehículos y armamentos del posible enemigo, por lo que no dudó en sentarse ante el extraño volante y poner el vehículo en marcha. Ahora todas las muchachas iban provistas de armas, arrebatadas a los reinícolas caídos.Aceleró la marcha. Iban hacia la muerte o hacia el holocausto del planeta Cobert 14.—Vamos al astropuerto, preparad las armas. Hay que actuar por sorpresa, es nuestra única posibilidad. Si detengo el vehículo, saltad al suelo y desparramaos, no os agrupéis. Si cae una, que no caigan las demás compañeras.La excitación de la lucha caló en todo el grupo que recorría las vacías calles de la metrópoli. Se cruzaron con otro vehículo reinícola, pero Troy no se detuvo y continuó hacia el astropuerto. Allí había un buen número de cosmonaves, Troy no se dirigió hacia las terrícolas, sino al grupo de cosmonaves invasoras.
- Se filtró entre ellas dirigiéndose hacia la que estaba en su centro. Era de mayor tamaño y mostraba unas insignias que Troy, conocedor de los símbolos empleados por las naves enemigas, identificó de inmediato. Fue directo hacia su rampa.
- Los milicianos reinícolas le vieron llegar un poco desconcertados. —¡Agarraos!
- Troy subió con su vehículo por la rampa de acceso. Los reinícolas de la puerta enfilaron sus armas hacia ellos, sorprendidos por aquel abordaje inesperado en la noche.
- —¡Disparad!
- Las muchachas asomaron sus armas por las ventanillas e

hicieron fuego contra los milicianos, que cayeron. Pero abajo había más y Troy, que había metido medio vehículo en la puerta, encajándolo de modo que no se podía entrar ni salir, ordenó:

- —¡Saltad!
- Las muchachas abrieron las puertas delanteras y saltaron al interior de la cosmonave insignia. Mientras, los reinícolas de vigilancia corrían por la rampa y disparaban contra el vehículo. —¿Qué sucede? —inquirió Fowkak, que escuchó los ruidos.
- —¡Majestad! —exclamó su jefe de seguridad personal—. ¡Los terrícolas han entrado en la nave insignia! —¿Qué?—Sí, majestad; están dentro.

- ¡Rápido, hay que proteger mí persona, vamos, rápido! —aulló.

- Los milicianos de alta seguridad corrían en grupos de cuatro por los corredores de la gran cosmonave, mientras Fowkak se encerraba en su despacho desde el que controlaba toda su flota y podría decirse que todo su imperio.Troy, Soniria que iba a su lado y las otras cuatro muchachas enfilaron por un corredor abatiendo a los que se ponían delante. «Chipper» corría a su lado tratando de no encontrarse entre dos fuegos.

- ¡Seguidme, aprisa! —ordenó Troy.

Siguieron eliminando invasores, favorecidos por su mayor rapidez y efectividad. De pronto, «Chipper» trepó por una escalera. Troy tuvo una intuición y le siguió. El animal corrió hasta alzarse de patas contra una puerta sólidamente cerrada.

A la muchacha que llevaba el demoledor suprasónico le pidió:

—¡Derriba esa puerta!

La joven se centró y disparó. La puerta resistía y la muchacha miró a Troy, interrogante.

—Insiste —le dijo él.

De pronto el metal, como si fuera cristal, estalló, haciéndose pedazos pese a su grosor. Dentro estaba Fowkak armado.

«Chipper» se lanzó hacia el interior, pero estaba bien armado y, en vez de seguir recto, saltó en zigzag hasta alcanzar la mano armada de Fowkak, cerrando sus poderosas mandíbulas en la muñeca del emperador de los reinícolas.

—Si se mueve, le partirá la mano. Suelte el arma, Fowkak —le ordenó Troy.

El emperador de los invasores obedeció. Sujeto por las mandíbulas del único perro al que no había conseguido enloquecer, barbotó:

—No podréis impedir la destrucción de vuestra flota.

De súbito, se produjo una terrible explosión, que pudieron oír con claridad.

La pantalla de comunicaciones se encendió y apareció el rostro de Zasgoll.

—¡Majestad!

—¡Malditos!

Troy observó que Zasgoll no podía ver lo que había en la estancia, mientras que sí se le veía a él.

—¡Acaba de ser destruido por sabotaje el centro de control, ordenación y teledisparo de los misiles de defensa! ¡Si se acerca la flota enemiga, estamos perdidos!

—Fowkak, dile a tu siervo que se presenten todos desarmados en torno a la nave insignia.

—¡No!

—Está bien. —Le apuntó a la cabeza—. Tú serás el primero en caer.

—No, no, yo no.

—Pues antes de que suceda nada más, quiero a todos tus milicianos desarmados alrededor de esta nave.

—¡Zasgoll, Zasgoll!

—¿Majestad, está en peligro? —inquirió Zasgoll, que no podía ver, ya que el televideofono dejaba ver los rostros de los demás, pero no el de Fowkak, salvo que éste deseara.

—El emperador está prisionero, escuchadle.

Fowkak movió un mando y pidió:

—Que me suelte el perro.

—No, todavía no.

Fowkak, humillado, vencido, dio la orden general de rendición. Anteponía su seguridad personal a la victoria de su imperio.

La flota de cosmonaves de guerra terrícolas arribó a Cobert 14 sin problemas.

Troy Silvers les había enviado un mensaje previo clarificándoles la situación y todos los reinícolas fueron considerados prisioneros de guerra y conducidos al planeta Tierra. Los perros fueron abatidos en consecutivas redadas; «Goliath» fue el último en caer.

El mando de la milicia ofreció a Troy Silvers la comandancia general del planeta Cobert 14. Troy dudó mucho en aceptar el cargo que por muerte en acto de servicio dejara vacante Jacobo Donaldson.

Soniria le convenció.

—Por favor, acepta el cargo; sigue la tarea que dejó mi padre. El murió aquí por nuestra supervivencia.

Troy la enlazó por la cintura, la atrajo hacia si y la besó en los labios.

Tras la caricia, que fue larga y profunda, le dijo:

—Con una condición.

—Sea lo que sea, por mí aceptada.

—Es que no sabes lo que te voy a pedir...

—Ven. —Le llevó hasta la habitación, le señaló la cama y preguntó—: ¿Tiene que ver con esto?

— Pues sí...

—Aceptado, ya te lo he dicho.

Fue ella quien le cogió por el cuello y lo besó largamente, mientras alzaba sus piernas y montaba a horcajadas sobre su cintura, como había hecho en la cueva cuando su vida corría peligro.

F I N